

Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios

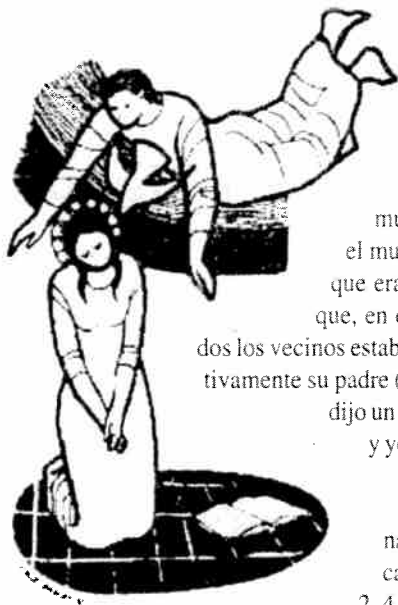
J. M. Castillo

1. ¿Quién fue Jesús de Nazaret?

Jesús de Nazaret fue un judío que nació, vivió y murió en Palestina, un país pequeño que está situado en Asia, donde está el actual estado de Israel y que los cristianos llamamos “Tierra Santa”. Jesús nació 7 años (o quizá 6) antes de lo que la gente piensa. Es decir, ahora mismo tendríamos que estar en el año 2007 o quizá en el 2006. Porque, en nuestra cultura, el tiempo se empezó a contar a partir del nacimiento de Jesús. Lo que pasa es que el primero que calculó el año en que nació Jesús (un monje antiguo llamado Dionisio el Exíguo) se equivocó en 6 ó 7 años. Jesús murió cuando era un hombre joven, concretamente cuando tenía algo más de treinta años. Murió tan joven porque lo mataron. Eso sucedió, según parece, en la tarde del día 7 de abril del año 30.

Su familia

Los padres de Jesús fueron María y José. Los evangelios que cuentan la infancia de Jesús, que se escribieron bastantes años después de los hechos que describen, dicen que María, cuando estaba ya comprometida con José, pero antes de vivir con él (Mt 1, 18), tuvo una visión de un ángel del cielo. Ese ángel le dijo a María que iba a tener un hijo, al que le pondría por nombre Jesús (Lc 1, 31). Y le



dijo también que su hijo Jesús "sería reconocido como hijo del Altísimo" (Lc 1, 32) o, lo que es lo mismo, que "lo llamarían hijo de Dios" (Lc 1, 35). Sin duda, esto se refiere a lo que pensaban los cristianos cuando se escribieron los evangelios. Pero mucho antes, cuando Jesús andaba por el mundo, lo que la gente pensaba de él es que era hijo de José (Lc 3, 23), de manera que, en el pueblo donde vivía la familia, todos los vecinos estaban convencidos de que José era efectivamente su padre (Lc 4, 22). Incluso la misma María le dijo un día a Jesús: "Mira que tu padre (José) y yo te andábamos buscando" (Lc 2, 48).

Se suele decir que Jesús nació en Belén, un pueblo que está cerca de la capital, Jerusalén (Mt 2, 1; Lc 2, 4-7; Jn 7, 42). Pero ahora hay quienes piensan que lo más probable es que nació en el pueblo donde vivía su familia, Nazaret. Porque según parece, lo de Belén es una cosa que contaban los primeros cristianos para indicar que Jesús provenía de la familia del rey David (Rom 1, 3-4; Mc 10, 47; 12, 35-37; Mt 9, 27; Lc 3, 31), que era de Belén (Jn 7, 42). Además, a Jesús le llamaban el "nazareno" (Mt 21, 11; 26, 71; Mc 1, 24; 10, 47; 14, 67; 16, 6; Lc 4, 34; 18, 37; 24, 19; Jn 1, 45), lo que parece indicar que efectivamente era de Nazaret.

La educación que recibió

Lo primero que hay que decir aquí es que si Jesús fue de mayor un hombre que tuvo tanta honradez, tanta bondad, tanta generosidad, todo eso se debe (como le pasa en esta vida normalmente a todo el mundo) a que se crió y se educó en un ambiente familiar en el que vivió y aprendió a ser tan buena persona. Por eso, cuando se leen los evangelios y en ellos vemos cómo la gente quería y admiraba a Jesús, hasta quedarse asombrada de lo que hacía y decía, lo primero que se nos tendría que ocurrir es: ¿Qué categoría de padres tuvo que tener este hombre! Porque una personalidad tan grande como la de Jesús es una cosa que no se impro-

visa. Ni resulta por casualidad. Eso es lo que Jesús heredó de su madre y se lo transmitió su padre. Así funcionan las cosas en este mundo. Y sabemos que Jesús fue un hombre que, como todos los hombres, empezó por ser un niño que crecía y se hacía cada día más fuerte, aprendiendo y haciéndose más discreto y más sabio (Lc 2, 40, 52).

Los padres de Jesús eran gente muy religiosa. Y de acuerdo a sus creencias educaron a su hijo. Los evangelios nos informan que María era una mujer creyente (Lc 1, 45), que aceptó los designios de Dios (Lc 1, 38), aunque seguramente no siempre los entendía (Lc 1, 34). Además, ella vivía intensamente la piedad y la gratitud hacia el Señor (Lc 1, 46-55). Por su parte, José era un hombre honrado (Mt 1, 19), incapaz de hacer daño o quitarle la fama a nadie (Mt 1, 19) y siempre obediente a lo que Dios le mandaba (Mt 1, 20-25). Por eso, cuando nació Jesús, sus padres hicieron lo que hacían todos los judíos piadosos: la circuncisión (Lc 2, 21), la presentación de la madre y el niño en el templo (Lc 2, 22-24), las peregrinaciones anuales a la capital, Jerusalén, como hacían los judíos cumplidores de sus deberes (Lc 2, 42-50).

Pero, además de todo esto, Jesús tuvo que darse cuenta de que sus padres tenían algunas ideas que no eran compartidas por todos los ciudadanos de aquel tiempo. María, como hemos dicho, creía en Dios. Pero en un Dios "que derriba de su trono a los poderosos" y que "levanta a la gente de condición humilde"; que "llena de bienes a los que pasan hambre" y que "despide a los ricos con las manos vacías" (Lc 1, 52-53). O sea, la madre de Jesús no creía en el mismo Dios en el que creen los poderosos y los ricos. Su fe estaba puesta en el Dios de la gente humilde y pobre. Por su parte, José debió de ser un hombre muy distinto del "san José" que nos pintan en las estampas, un ancianito con sus barbas blancas y una flor en una mano. José debió ser un hombre justo, amante de la justicia, de la liberación, diríamos hoy. Como veremos más adelante, Jesús no fue nunca un nacionalista violento. Pero revolucionario, en sus ideas y en su manera de vivir, sí lo fue. Y es que lo había aprendido en su casa.

Pero la educación de una persona no se limita a sus ideas y costumbres. Se refiere también a los estudios que tiene. ¿Hizo Jesús algunos estudios? Jesús vivió casi toda su vida en un pueblo sin importancia. Y trabajando como un obrero más. Poco pudo estudiar en tales condiciones. Se sabe que los niños judíos de aquel tiempo iban a la escuela a partir de los cinco años. En la escuela solían aprender a leer. Muy pocos eran los que aprendían a escribir. Además, en tiempo de la dominación de los romanos (que es cuando vivió Jesús), casi todos los ciudadanos eran analfabetos. ¿Fue Jesús uno de aquellos incontables analfabetos? Lo

más seguro es que sabía leer. Porque de otra manera, difícilmente se puede explicar que conociera tanto de las Sagradas Escrituras, que discutiera sobre temas de la Biblia y que explicara tan estupendamente algunos textos que nadie entendía. Y una última cosa: además de leer, ¿sabía escribir? Esto ya no está tan claro. Porque, si bien es cierto que el evangelio de Juan cuenta que Jesús se puso a escribir en el suelo cuando los fariseos le llevaron a una mujer que habían sorprendido en adulterio (Jn 8, 6), también es verdad que hay autores, muy entendidos en este evangelio, que defienden “la posibilidad” de que Jesús se limitara a trazar líneas en el suelo para mostrar que le importaba muy poco la furia hipócrita de aquellos acusadores.

En todo caso, lo que parece seguro es que Jesús no recibió una enseñanza superior en algún centro de estudios en Jerusalén. De hecho, los judíos que escuchaban a Jesús dijeron un día: “¿Cómo éste sabe de letras sin haberlas aprendido?” (Jn 7, 15).

Cómo se ganaba la vida

Por el evangelio de Marcos, sabemos que Jesús era carpintero (Mc 6, 3). Y el evangelio de Mateo dice que su padre, José, también lo era (Mt 13, 55). Pero que nadie se imagine que un carpintero de entonces era como un carpintero de ahora. Ese oficio, en la actualidad, es un buen oficio. Y una persona inteligente, que se dedica a ese trabajo, gana bastante dinero y suele ser apreciado por sus vecinos. En el caso de Jesús, ciertamente no era así. El evangelio de Marcos nos informa del oficio de Jesús precisamente porque a los vecinos de Nazaret les llama la atención y no comprenden que el carpintero del pueblo hable con tanta sabiduría (Mc 6, 2-3). Se trataba, por tanto, de un oficio poco apreciado.

Pero el problema no está sólo en el mayor o menor aprecio de la gente. Lo más grave del asunto es que los carpinteros de entonces eran gente bastante pobre. Porque la sociedad de aquel tiempo estaba dividida en dos grupos muy desiguales. Arriba estaban los ricos, que eran muy pocos y eran muy ricos. Prácticamente no existía entonces lo que hoy llamamos “clase media”, sobre todo en Galilea, la región donde estaba Nazaret. En Galilea, casi todo el mundo pertenecía a los de abajo, el pueblo sencillo. En el pueblo, se podían distinguir tres grupos de personas. Primero, los “campesinos” (jornaleros del campo y pescadores), que ganaban para pasarla y nada más. Por debajo, estaban los “artesanos” (los que hacían oficios como el de Jesús), que se quitaban el hambre como podían. Y en lo más bajo de la sociedad estaban los “miserables” (mendigos, lisiados, vagabundos, lepro-

sos, etc). Todo esto quiere decir, naturalmente, que Jesús llevó una vida dura. Porque fue un obrero que se ganó la vida con mucho trabajo y a duras penas.

¿Estuvo casado?

Ni los evangelios ni los escritores antiguos dicen o insinúan (de alguna manera) que Jesús estuviera casado. Algunos autores modernos han pensado que este silencio es un indicio claro de que Jesús debió estar casado. Porque, en toda la tradición del pueblo judío (según el Antiguo Testamento), el aprecio por el matrimonio es tan grande, que parece impensable que un hombre normal, en aquella sociedad, no se casara. Eso era una cosa que no tendría sentido, según las estimaciones que ahora hacen algunos.

Pero la verdad es que este argumento no prueba nada. Por una razón que se comprende enseguida. Los evangelios nos informan de las múltiples relaciones que Jesús tuvo con su familia, con sus discípulos, con diversos amigos, con numerosas mujeres. Lógicamente, resulta muy raro que, si efectivamente estaba casado, jamás se hable o se haga alguna insinuación sobre su esposa o sus hijos. Por lo tanto, el total silencio sobre una mujer y unos hijos de Jesús, en contextos en los que se habla de toda clase de relaciones de tipo familiar y de amistad, parece indicar con claridad que nunca estuvo casado.

Si, por otra parte, pensamos que Jesús tuvo grandes amistades con mujeres concretas, como habrá ocasión de ver más adelante, está claro que, si Jesús se quedó soltero, eso no se debió a que (por la razón que sea) le tuviera miedo o rechazo a la mujer y, en general, al sexo. Parece más razonable pensar que Jesús vio claro que, para realizar su misión con plena libertad, era mejor no tener las inevitables obligaciones que lleva consigo el matrimonio.

A lo dicho sobre el estado civil de Jesús como soltero, no viene mal recordar una cosa que, por lo demás, es evidente: Jesús nació como laico, vivió como laico y murió como laico. Es decir, él nunca estuvo vinculado al templo o al sacerdocio de su tiempo. Todo lo contrario. Sabemos que sus más grandes conflictos fueron precisamente con los sacerdotes, sobre todo con los sumos sacerdotes y, en general, con los funcionarios religiosos. Esto se explica, ante todo, porque entre los judíos el sacerdocio era cuestión de familia. Sólo podían ser sacerdotes los que pertenecían a la familia de Leví, pero Jesús venía de la familia del rey David. Con todo, el problema es más profundo, como habrá ocasión de ver más adelante.

Cambio de vida

Cuando tenía algo más de treinta años, Jesús decidió cambiar su forma de vivir. Abandonó su casa, su familia y su trabajo. Y se dedicó por completo a una actividad que la gente de aquel tiempo interpretó como la actividad propia de un "profeta", ya que eso es lo que todo el mundo pensaba de él (Mt 16, 14; 21, 46; Mc 6, 15; Lc 7, 16; 24, 19; Jn 4, 19; 9, 17). ¿Por qué tomó Jesús esta decisión?

Lo más lógico es pensar que un cambio de vida tan importante no ocurrió de repente. Sin duda, esto se debió de ir preparando, en las ideas y en la experiencia de Jesús, hasta que él vio que tenía que orientar su vida de otra forma. Lo más seguro es que, en este proceso de cambio, tuvo que influir todo lo que vivió de niño y de joven. Especialmente, la dureza del trabajo que tuvo que soportar y, más que nada, el hambre y la miseria que él vio en su casa y en las casas de sus vecinos. Pero, sobre todo, lo que aprendió de sus padres. En efecto, de las ideas de su madre, se le tuvo que quedar la impresión del sufrimiento de los pobres, por causa del hambre y la humillación a que se ven sometidos por los potentados y los ricos (Lc 1, 52-53). Y de las ideas de su padre, le debió quedar bastante claro que el sufrimiento, que unos hombres les causan a otros, no se arregla con la resignación y la paciencia. Si José quería la liberación, como gran parte de los vecinos de Nazaret (Lc 4, 22), Jesús llegaría a la convicción de que el dolor de los que peor lo pasan en la vida no se alivia quedándose con los brazos cruzados. Aunque también es verdad que Jesús nunca compartió la idea de los violentos que, con espadas y machetes, querían echar a los romanos de Palestina.

Por otra parte, como ya se ha dicho, Jesús recibió una educación profundamente religiosa. Aprendió a manejar las Sagradas Escrituras, el respeto y la obediencia incondicional a Dios, el valor y la importancia de la oración, el significado y el alcance de la "profesión de fe" fundamental del judaísmo: "Yahvé sacó a Israel de Egipto". Pero, al mismo tiempo, Jesús se tuvo que dar cuenta de que los grupos oficialmente más "religiosos", en su país, estaban compuestos por hombres que, no sólo no aliviaban el sufrimiento del pueblo, sino que, por el contrario, lo agravaban de muchas maneras.

Así las cosas, lo más lógico es pensar que Jesús vivía en una actitud de búsqueda, impulsada por la inquietud que se palpaba en el ambiente. Posiblemente, por eso nunca se decidió a casarse. Hasta que un día se enteró de algo que le interesó vivamente. En las orillas del río Jordán (Lc 3, 3), había empezado a predicar un hombre extraordinario, que venía del desierto (Mc 1, 4), bautizando a la gente "para que se les perdonaran sus pecados" (Mc 1, 4). Aquello produjo una

profunda conmoción en toda la región de Judea y hasta en la capital Jerusalén (Mc 1, 5). Se formaron grandes colas de gentes de todas clases, que preguntaban lo que tenían que hacer (Lc 3, 10-14). Allí también acudió Jesús. Y se puso en la cola, como uno de tantos, entre aquella "raza de víboras" (Lc 3, 7). Está claro, por tanto, que Jesús se veía a sí mismo como un ser humano normal.



Y fue en el momento, en que Jesús se hizo bautizar por Juan, cuando ocurrió algo extraordinario, que marcó la vida y el destino de Jesús hasta su muerte. Los evangelios cuentan que, en aquel momento, Jesús vio el cielo abierto, de donde bajó una paloma y se posó sobre él, y además se oyó una voz de lo alto que decía: "Este es mi Hijo amado, en quien yo me agrado" (Mc 1, 11; Mt 3, 17).

Sobre estas palabras, hay que decir varias cosas. 1) Que, en esas palabras, quien hablaba era Dios. 2) Lo que Dios hizo fue repetir un dicho famoso del profeta Isaías (42, 1). 3) Estas palabras son el comienzo de lo que se llama "los cantos del Siervo de Yahvé". 4) Este misterioso siervo tenía por misión identificarse y fundirse con el pueblo, sufrir y morir por aquel pueblo, para liberar (de esa manera) a la gente que tanto sufría (Is 52, 13-53, 12).

En aquel momento decisivo, Jesús vivió y sintió todo esto. Y por eso, se dio cuenta de dos cosas: 1) Dios le pedía a él que cumpliera la *misión* del Siervo, que era liberar al pueblo de tanta maldad y de tanto sufrimiento. 2) Dios le decía *cómo* tenía que cumplir aquella misión: *de ninguna manera imponiéndose al pueblo y dominando a la gente, sino identificándose con todos los que sufren*. Porque únicamente pasando por lo que pasan los demás, sólo así se puede ayudar a los que sufren y están abajo en la vida y en la historia (Heb 2, 17-18).

A partir de aquel momento, la vida de Jesús fue radicalmente distinta. Dejó de ser un desconocido trabajador de un pueblo sin importancia. Y empezó a ser el profeta que Dios envió a su pueblo.

Un hombre conflictivo

Que Jesús fue un hombre bueno, generoso y heroico, eso es algo que nadie pone en duda. Pero esto no quiere decir que se llevó bien con todo el mundo. Ni tampoco quiere decir que todos le apreciaron y le quisieron. Todo lo contrario. A Jesús le pasó lo que, antes de él, les había pasado a todos los profetas. Más aún, Jesús tuvo más conflictos que todos los demás profetas. Y por eso su final fue mucho peor, más cruel, que el de todos los profetas anteriores.

Tenía que ser así. Porque ni entonces, ni ahora, vivimos en una sociedad en la que todo el mundo es bueno y en donde reinan la armonía, la verdad y la justicia. De sobra sabemos que, lo mismo en tiempos de Jesús que ahora, hay malas personas que, por el ansia de poder, la pasión por el dinero y el deseo de prestigio, atropellan a quien sea necesario, con tal de conseguir lo que quieren o mantenerse donde están. Ahora bien, estando así las cosas, cualquiera comprende que, si uno quiere ser honrado y buena persona, no puede pretender llevarse bien con todos, lo mismo con los que causan el sufrimiento que con las víctimas del sufrimiento. En la vida hay que optar o por unos o por otros. Porque es evidente que quien pretende estar con todos, por eso mismo se hace cómplice del dolor y la humillación de los vencidos. O sea, dicho con toda claridad: a las buenas personas, si es que de verdad quieren serlo, no les queda más remedio que hacerse personas conflictivas.

Pero en la sociedad en que vivió Jesús, se daba una circunstancia que, en gran medida, hacía que todo esto resultara más complicado. El problema más delicado allí estaba en que los que causaban los mayores sufrimientos no eran los oficialmente “malos”, sino los que, por vocación y por oficio, tenían que ser los “buenos”. Dicho más claramente, los causantes del sufrimiento del pueblo no eran las gentes “sin religión”, sino precisamente los hombres y los grupos “más religiosos”. De ahí que los conflictos de Jesús no se provocaron con los pecadores, con los herejes, con las personas convencionalmente consideradas de “mala vida”. Todo lo contrario, el conflicto de Jesús no fue con los incrédulos e inmorales, sino con la “religión”. Por eso, cuando lo sentenciaron a muerte, para ejecutarlo como un malhechor, los dirigentes religiosos dijeron: “Nosotros tenemos una Ley, y según esa Ley tiene que morir” (Jn 19, 7). Es decir, a Jesús lo mató la gente religiosa. Precisamente porque Jesús quiso que los que allí mandaban, no se aprovecharan del santísimo nombre de Dios y de la religión, para dominar al pueblo y hacer sufrir a la gente.

Su vida acabó en el fracaso

Jesús tuvo un final que da miedo pensarlo. Cuando él se dio cuenta de lo que se le venía encima, se puso a rezar, “a gritos y con lágrimas (a Dios) que podía librarlo de la muerte” (Heb 5, 7). Y es que había entrado en una profunda depresión (Mt 26, 37). Estando así, denunciado y acusado a base de mentiras y calumnias (Mt 26, 59-61; Mc 14, 56), torturado (Mt 26, 27-30), fue condenado a morir colgado de una cruz, el suplicio cruel que tenían que sufrir, en aquel tiempo, no sólo los delincuentes más peligrosos, sino, sobre todo, los que eran acusados de ser agitadores y subversivos contra el Estado. Y lo peor fue que, en semejante situación, se vio solo, completamente solo. Porque se sintió desamparado, no sólo por sus seguidores y amigos, que, “abandonándole, huyeron todos” (Mc 14, 50), sino, lo que es más grave, se sintió desamparado también por Dios, cosa que expresó dando un grito instantes antes de morir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mc 15, 34; Mt 27, 46). El evangelio de Lucas nos informa que, aun así y todo, sus últimas palabras fueron: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23, 46). La fe de Jesús, incluso en aquella oscuridad, fue más fuerte que la muerte.

Conclusión

Lo que más impresiona en la vida de Jesús es que fue un hombre bueno y honrado. Con todas las consecuencias, que llevan consigo la bondad y la honradez, cuando tocan hasta el fondo de la vida de una persona. Porque cuando eso es así, tenemos un hombre completamente libre. Con una libertad que no se utiliza para hacer lo que a uno le da la gana, sino que es *la libertad al servicio de la misericordia, para remediar el sufrimiento humano*.

Ahora bien, cuando una persona vive así, es una persona que resulta irresistiblemente atrayente para unos, pero también sumamente sospechosa, desconcertante y hasta escandalosa para otros. Porque enfrentarse en serio al sufrimiento de este mundo es algo que no se puede hacer impunemente. Por eso, el conflicto que soportó Jesús por defender a las víctimas es lo más grande que hay en su vida. Y también lo más doloroso. Pero no olvidemos nunca que aquel conflicto es lo que le dio a Jesús esa grandeza y esa ejemplaridad que hoy tanto nos impresionan.

Por eso, los que se pasan la vida intentando agradar a todos, ser famosos, subir y triunfar a toda costa, a lo mejor lo consiguen. Pero es seguro que ese tipo de personas se van de este mundo sin dejar rastro que valga la pena recordar. Porque sólo fueron útiles para ellos mismos. Para nadie más. Y eso es triste.

2. Jesús y Dios

El silencio sobre Dios

En el tema anterior, se ha explicado quién fue Jesús de Nazaret. Pero se ha explicado eso de tal manera que quien haya leído ese tema tendrá, sin duda, la impresión de que aquí se habla de Jesús como se podría hablar de cualquier otro hombre. Un hombre genial y extraordinario, eso por supuesto. Pero, a fin de cuentas, un hombre y nada más que un hombre. Y entonces, ¿qué queda de Dios? ¿No se ha dicho siempre que Jesús es el Hijo de Dios? ¿No se ha dicho, por lo tanto, que Jesús es Dios? ¿Es que eso ya no es verdad? Y, sobre todo, ¿es que eso ya no es una de las verdades más fundamentales de nuestra fe cristiana?

Ocurre además que, en los tiempos que corren ahora, con lo revueltas que andan las ideas y las cosas de la religión, hay gente que se entusiasma con todo lo de Jesús y el Evangelio, pero algunos de ellos no creen en Dios. Son personas que están empeñadas en cambiar las cosas de “este” mundo, pero a quienes el “otro” mundo, ni les importa, ni les interesa. Por eso, se imaginan a Jesús de Nazaret como un hombre entrañable, entregado a la causa de los pobres y denunciando las injusticias que cometen los poderosos y los ricos. Pero, al mismo tiempo, resulta que ese Jesús, como que no es divino, ni el Señor del cielo y la tierra, que nos enseñaron antiguamente. Incluso hay quienes acusan a los teólogos de la liberación de algo de esto. Porque, en algunos de sus escritos, parece que dan la impresión de andar más preocupados por el hombre que por Dios. Y, por tanto, más interesados por liberar a los hombres de la injusticia y la pobreza que por redimirlos del pecado que, en sus raíces más hondas, es la causa de todas las formas sociales e históricas de la opresión que se sufre en este mundo.

¿Qué se puede pensar de todo esto? ¿Qué hay que decir sobre este asunto?

Hay que empezar por el hombre

Quien quiere conocer a Cristo, quien quiere conocer al Señor, quien quiere conocer a Jesús como Hijo de Dios, *si empieza por Dios*, ni conoce a Jesús, ni se entera de quién es Cristo y, menos aún, de quién es Dios o cómo es Dios.

No es difícil comprender por qué, para conocer a Dios, no se puede empezar por Dios. La razón es clara: Dios no está a nuestro alcance. Porque, por definición, Dios es el Trascendente, o sea el que “trasciende” y, por eso mismo, está “más allá” de lo que nosotros podemos entender y, menos aún, comprender en todo su indecible misterio y profundidad. Es verdad que san Pablo les echa en cara a los ciudadanos del imperio romano (los que no eran judíos) el desconocimiento que tenían de Dios, porque se debían haber servido de su inteligencia, para conocerlo. Por eso, Pablo les dice que “no tienen excusa” (Rom 1, 19-20). Lo que pasa es que san Pablo no se refería exactamente a que aquellos romanos fueran ateos, puesto que “conocían a Dios” (Rom 1, 21). El tremendo error de aquellos hombres estuvo en que no le dieron a Dios ni la “gloria” ni la “gratitud” que se merece (Rom 1, 21). Y por eso, terminaron conociendo mal a Dios y portándose de manera vergonzosa (Rom 1, 21-32).

Pero el problema que aquí se nos plantea es distinto. No se trata simplemente de saber que hay Dios y de tributarle la gloria y la gratitud que le es debida. Se trata de conocer y comprender lo más profundo, lo más misterioso, lo más asombroso que hay en Dios. Y eso, como es natural, no está al alcance de los seres humanos.

Más aún, si se piensa despacio en este asunto, enseguida se da uno cuenta de que el conocimiento de Dios es un problema tan complicado que, en realidad, no tiene solución. Por una razón muy sencilla. Decimos que Dios hizo el mundo. Y sabemos que, en este mundo, hay demasiado sufrimiento, demasiadas desgracias y demasiadas contradicciones. Pero, entonces, si es que Dios hizo así las cosas, ¿cómo podemos decir que Dios es infinitamente bueno y, al mismo tiempo, infinitamente poderoso? Si el mundo y la vida le salió así a Dios, o es que no lo puede todo o es que no es tan bueno como pensamos. Y conste que aquí no vale responder que Dios “permite” el mal, para sacar de ahí un mayor bien. Como, por ejemplo, si un

dentista le tiene que sacar un diente a su hijo y, naturalmente, le hace daño, enseguida decimos que el papá permite ese dolor, para obtener de esa manera un bien mayor, que es la curación del hijo. Pues lo mismo (aseguran algunos) haría Dios con nosotros. Permite el dolor y el sufrimiento, para que así nos santifiquemos y ganemos méritos para el cielo.

Dar esta respuesta al problema del mal en el mundo es, en el fondo, una tontería. Porque el ejemplo del dentista no resuelve nada. Ya que eso, lo único que demuestra es que el dentista no es infinitamente poderoso. Por eso, si le hace daño al hijo, o es que no puede hacer las cosas de otra manera, o es que no quiere a su hijo tanto como parece.

Por eso hay quienes dicen –y no les falta razón– que el problema de Dios, por el camino de los argumentos y las razones del entendimiento humano, no tiene salida ni tiene solución. Entonces, ¿cómo podemos nosotros conocer a Dios?

El hombre Jesús de Nazaret, “revelación de Dios”

En los escritos del Nuevo Testamento, se dice, en distintos sitios y desde diversas tradiciones, que el hombre Jesús de Nazaret fue (y sigue siendo para nosotros) la revelación de Dios. Dicho de otra manera, Jesús es quien nos ha dado a conocer *quién es Dios y cómo es Dios*.



Esto es lo que se dice claramente, ante todo, en el evangelio de Juan: “A Dios nadie lo ha visto jamás. El Hijo único del Padre... es quien nos lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). Al afirmar que a Dios nadie lo ha visto jamás, el evangelio no se refiere simplemente, como es lógico, a que Dios no es un objeto visible para nuestros ojos. Eso ya lo sabe todo el mundo. Cuando el evangelio dice que a Dios nadie lo ha visto jamás, lo que quiere afirmar es que Dios no está a nuestro alcance y que, por tanto, no lo podemos conocer. Y cuando el mismo evangelio asegura que ha sido el Hijo único del Pa-

dre quien nos lo ha dado a conocer, lo que está diciendo san Juan es que Jesús, el hombre Jesús, es quien nos ha enseñado el misterio profundo de Dios. En aquel hombre, que fue Jesús, aprendemos todo lo que tenemos que saber sobre Dios. Y es claro que, según el evangelio, nosotros no tenemos otro camino ni otro medio para saber cómo es Dios.

Esto mismo queda más claro aún en unas palabras que el mismo Jesús le dijo al apóstol Felipe. Este hombre le pidió un día a Jesús: “Señor, muéstranos al Padre, y con eso tenemos bastante” (Jn 14, 8). En los escritos del Nuevo Testamento, el “Padre” es “Dios”. Por tanto, cuando Felipe le pide a Jesús que le muestre al Padre, en realidad, lo que le pide es que le diga cómo es Dios. Ahora bien, la respuesta de Jesús es clara y terminante: “Tanto tiempo que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces, Felipe?” (Jn 14, 9). Lo que aquí llama la atención es que Felipe pregunta por el conocimiento de Dios, pero Jesús le responde refiriéndose al conocimiento de él mismo, de Jesús. Y es que el propio Jesús añade enseguida algo que es el secreto de todo: “Quien me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14, 9). De todas maneras, aquí hay una cosa que no debe pasar inadvertida. Felipe le pide a Jesús que le enseñe algo sobre el conocimiento de Dios. Pero resulta que Jesús, para explicar lo del conocimiento de Dios, no alude a lo que él enseñaba con sus doctrinas, sino a lo que en él se veía, lo que enseñaba con su vida, lo que expresaba su persona y su manera de ser.

En la carta a los colosenses, se viene a decir también que Jesús nos da a conocer a Dios, aunque eso se dice, en este caso, de otra manera. El autor de esta carta, afirma que Cristo es la “imagen del Dios invisible” (Col 1, 15). La “imagen” es algo visible en donde se refleja y se da a conocer algo o alguien que no vemos. En este sentido, la “imagen” es el medio de llegar al conocimiento de lo que (o de quien) se representa en esa imagen. Por otra parte, es importante tener en cuenta que la imagen, por su naturaleza misma, tiene que ser distinta de lo que representa. Precisamente por eso es imagen. Por tanto, decir que Cristo, *en cuanto Dios*, nos da a conocer a Dios, sería lo mismo que destruir la imagen o sencillamente prescindir de ella. No. Se trata de que el hombre, que fue Cristo (el Mesías), nos refleja a Dios, nos representa a Dios y en ese hombre vemos a Dios. Eso es lo que hacen todas las “imágenes” y para eso son.

También en los evangelios de Mateo y de Lucas hay unas palabras de Jesús que son muy elocuentes en cuanto al conocimiento que nosotros podemos tener sobre Dios. Jesús lo dijo de esta manera: “Ninguno conoce cabalmente al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno cabalmente sino el Hijo y aquel a quien quisiere el Hijo revelarlo” (Mt 11, 27; Lc 10, 22). Para lo que aquí estamos

tratando, en estas palabras de Jesús, hay dos cosas muy claras. La primera es que solamente el Hijo, o sea Jesús, es quien conoce cabalmente a Dios. La segunda es que solamente puede conocer a Dios aquel a quien Jesús se lo quiere revelar. Aquí no entramos en la complicada cuestión de si Jesús revela el conocimiento de Dios solamente a los que conocen la Biblia o solamente a los cristianos. Eso solamente Jesús es quien lo puede saber. Lo que sí está claro, en el Evangelio, es que eso de conocer a Dios no se consigue como la mayor parte de la gente se imagina. Porque el mismo Jesús, refiriéndose precisamente a este asunto, dijo: “Te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos y se las has dado a conocer a la gente sencilla” (Mt 11, 25; Lc 10, 21). La expresión, “gente sencilla”, es la traducción de una palabra griega, *nepioi*, que significa exactamente “los que no hablan”. Lo más lógico es pensar que Jesús no se refiere a los mudos, sino a los que no tienen nada que decir en este mundo. O sea, Jesús quiso decir que el conocimiento de Dios es algo que no lo alcanzan ni los sabios ni los entendidos, sino que lo consiguen precisamente aquellos que no pintan nada en esta vida, la gente sin importancia, los más sencillos, los pobres y los ignorantes. Por lo tanto, Jesús quiso decir que el conocimiento de Dios es algo que se consigue de una manera muy distinta a como se consiguen los demás conocimientos que los seres humanos podemos tener en esta vida. En cualquier caso, el conocimiento de Dios está íntimamente relacionado, de la manera que sea, con los últimos de este mundo. Este punto es decisivo para lo que después se dirá sobre el tema “Jesús y Dios”.

La conclusión, que se deduce de los textos del Nuevo Testamento que acabamos de ver, es clara: el hombre Jesús de Nazaret es quien nos revela a Dios. Es decir, a Dios sólo lo podemos conocer en Jesús, por medio de Jesús, en su persona y en su vida. Lo cual no quiere decir que quienes no conocen a Jesús, no puedan conocer a Dios. O (lo que es lo mismo) que el conocimiento, que tienen de Dios los que no conocen a Jesús, sea un conocimiento falso. El asunto que aquí se plantea es, por una parte, más profundo. Pero, al mismo tiempo, es bastante más sencillo de lo que algunos se imaginan. Lo veremos más adelante.

A Dios se le conoce en “un” hombre

Si algo ha quedado claro, en lo que se ha dicho hace un momento, es que a Dios se le conoce, no elevándose por encima de lo humano o huyendo de la humanidad, sino todo lo contrario. A Dios se le conoce y se le encuentra en lo humano y a través de lo humano. No sabemos si Dios pudo escoger otros caminos para darse a conocer a nosotros. Pero el hecho es que escogió el camino o, si se

prefiere, el medio de *lo humano*. Por lo tanto, aquí no vale decir que Dios se nos dio a conocer en Jesús *porque Jesús era el Hijo de Dios y, por eso, Dios mismo*. Pero quien diga eso, lo que en realidad está diciendo es que Dios nos da a conocer a Dios. Y entonces, ¿a qué viene dar ese rodeo? ¿para qué hace falta Jesús como “revelador” y como “imagen” de Dios? Por definición, el “revelador” es distinto de lo que es “revelado”. Como la “imagen” es distinta de lo que representa o enseña esa imagen. La cosa, por tanto, está clara: Dios no se revela en Dios. Dios se revela en el ser humano

Pero no basta con decir eso. Porque, en realidad, a Dios no lo hemos conocido en *el* ser humano, sino en *un* ser humano. Dios se nos ha dado a conocer en la persona y en la vida de un hombre concreto y determinado. En la persona y en la vida del hombre que fue Jesús de Nazaret. Ahora bien, esto quiere decir que Dios se nos ha revelado en la vida de un hombre que nació pobre, que vivió entre los pobres y gentes marginales de su tiempo, y que murió como un delincuente y entre malhechores, como el más famoso de ellos. O sea, Dios no escogió a cualquier hombre para darse a conocer. Dios vio claramente que, para darse a conocer, tenía que ser a través de un pobre, de un hombre marginal, perseguido, mal visto y despreciado. Todo esto no pudo ser una casualidad. Ni tampoco una circunstancia cualquiera. Ni siquiera se trata de que así Dios nos enseñaba a nosotros a ser pobres y despreciados. Entre otras cosas, porque ser pobres y despreciados es una desgracia y una humillación que Dios no puede querer para nadie. Sin duda, la explicación de todo esto tiene que estar en otra cosa.

En el evangelio de Juan, hay unas palabras que nos dan la clave para entender este asunto. Se trata de aquello que se dice en el prólogo de este evangelio: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn 1, 14). La “Palabra” (*Lógos*) es, no sólo la revelación de Dios, sino que es Dios mismo (Jn 1, 1-2). Por eso, cuando el evangelio afirma que la Palabra se hizo carne, no se trata solamente de que Dios se dio a conocer en un hombre, sino de que Dios se hizo hombre. O sea, Dios se hizo presente en aquel hombre concreto que fue Jesús. Pero lo más importante no es esto. Lo más serio, y también lo más desconcertante, es que Dios se hizo presente, en el mundo, como *sarx*. De ahí que el evangelio no dice que la Palabra se hizo “hombre”, sino que dice: la Palabra se hizo “carne”. Ahora bien, en el lenguaje de aquel tiempo, hablar de la carne (*sarx*) era lo mismo que hablar de *lo más débil de la condición humana*. Por eso Jesús les dijo a los discípulos, en el huerto de Getsemaní, que “el espíritu es valiente, pero la carne es débil” (Mt 26, 41). Es más, para san Pablo, en la carne no hay nada bueno (Rom 7, 18), porque en ella lo único que hay es la ley del pecado (Rom 7, 25). Es decir, la “carne” es debilidad y una debilidad tan grande que de ella brota la maldad. Lo cual, natural-

mente, es la peor debilidad que podemos tener y sufrir los seres humanos.

Por lo tanto, decir que a Dios lo conocemos y lo encontramos en “un” hombre (el hombre Jesús de Nazaret) es lo mismo que decir que *a Dios lo encontramos y lo conocemos en la debilidad*. O sea, no sólo se trata de que a Dios lo encontramos y lo conocemos en lo humano, sino que se trata de que a Dios (al Dios que nos reveló Jesús) solamente podemos conocerlo y encontrarlo en lo más débil de nuestra pobre condición humana. Enseguida veremos lo que esto significa. Pero antes hay que decir otra cosa, precisamente para entender mejor lo de la debilidad.

Dios es Jesús

Los creyentes hemos dicho siempre que *Jesús es Dios*. Y eso es verdad. Además, es una verdad de fe que aceptamos y creemos con gusto. Pero, si se piensa despacio en todo lo que aquí se viene diciendo, pronto se da uno cuenta de que, para afirmar eso de que “Jesús es Dios”, antes hay que tener muy claro algo que es previo. Y, en ese sentido, es más fundamental. Se trata de comprender que *Dios es Jesús*.

Todo esto no es un juego de palabras. Ni da lo mismo decir lo uno que lo otro. Al decir que Jesús es Dios lo que en realidad estamos afirmando es que nosotros ya sabemos quién es Dios y cómo es Dios antes de conocer a Jesús. Y, al mismo tiempo (y sin darnos cuenta), lo que estamos indicando es que no conocemos a Jesús sin conocer a Dios. “Dios” viene a explicarnos quién es “Jesús” y cómo es “Jesús”. O sea ponemos al revés lo que dice el Nuevo Testamento. Porque, según los evangelios, está claro que nosotros no conocemos plenamente a Dios, ni sabemos cómo es. Y para eso tuvo que aparecer en la historia de la humanidad aquel hombre que fue Jesús de Nazaret. De acuerdo con lo que ya se ha explicado, Dios se hizo “debilidad” (*sarx*), **para darnos a conocer al Dios invisible** (Jn 1, 18) y para que quien viera a Jesús estuviera viendo a Dios (Jn 14, 8-9).



Ahora bien, si efectivamente aceptamos lo que dicen los evangelios, entonces lo que habría que decir, en primer lugar, no es que *Jesús es Dios*, sino más bien que *Dios es Jesús*. Esto para nada niega que Jesús es Dios, pero lo más fundamental que afirma es que, según la revelación, Dios es Jesús. Es Jesús el que nos revela a Dios. Jesús, con su forma de ser y de vivir, es el que nos da a conocer quién es Dios y cómo es Dios.

Todo esto no son puras disquisiciones y teorías, que para poco sirven, sino que es más importante de lo que nos imaginamos. Porque, de acuerdo con lo dicho, cuando se trata de hablar de Dios, no se puede empezar pensando en el Dios que nos enseñaron los filósofos y los sabios de este mundo, el Dios *que se define por el poder*, el poder infinito, al que llamamos el "Omnipotente". Si empezamos por ahí y luego le aplicamos eso a Jesús, entonces nos sale un Jesús que no se parece en nada al que nació en un establo (entre basura y animales), vivió como un pobre trabajador que se quitaba el hambre como podía, y finalmente acabó sus días colgado entre delinquentes como un vulgar malhechor. Por el contrario, si empezamos por Jesús, el hombre Jesús de Nazaret, entonces lo que tenemos que hacer es aplicar a Dios lo que la gente veía en aquel Jesús que precisamente era lo que atraía tanto a los más pobres, a los más desgraciados y a los más pecadores. O sea,

para decirlo claramente afirmar que Jesús sabio, poderoso, indemás que se le sue- Todo eso será verdad no sabemos se explica. Entonces, que hacer es empe- cir que Dios es tan no como fue Jesús. Dios es tan sencillo decir que Dios está lo que es debilidad, como estuvo Jesús. cuentas: el asunto de se resuelve aplicán- atributos infinitos mos construido los de pensar, sino que cándole a Dios lo sús con su vida, sus



**ser cristianos
es hacer como Jesús**

mente: no se trata es infinitamente menso y todo lo le aplicar a Dios. dad. Pero en reali- cómo es ni cómo lo que tenemos zar por Jesús y de- bueno y tan huma- Decir también que como fue Jesús. Y tan cerca de todo en este mundo, En resumidas Dios y de Jesús no dole a Jesús los del Dios que he- hombres, a fuerza se resuelve apli- que nos enseñó Je- costumbres y su

manera de comportarse con todo el mundo, tal como lo cuentan los evangelios. En definitiva, la cuestión está en saber si nos fiamos más de lo que pensamos nosotros o de lo que nos enseña Jesús.

Seguramente, lo que nos pasa a todos, con esto de Dios y de Jesús, es que, cuando nos enseñan la religión, lo mismo en los catecismos que en los libros que hablan de estas cosas, siempre se empieza por explicar a Dios. Porque, naturalmente, lo primero es Dios. Y eso se explica de acuerdo con lo que, de una manera o de otra, han dicho siempre las religiones, empezando por la religión del Antiguo Testamento. Y también se explica de acuerdo con lo que han dicho los sabios y los filósofos, que se han ocupado de este tema. De todo eso, lo que resulta es un Dios que se entiende a partir del poder, de la grandeza, de la majestad, de la fuerza que impresiona, sobrecoge y asusta. Ese es el Dios que tienen en su cabeza los que creen en él. Y también los que no creen, ni pueden creer, precisamente porque les han presentado a ese Dios, que se nos hace difícil de entender, aunque hay gente a quien le interesa. Porque es un Dios que, según algunos se imaginan, sirve para sacarnos de apuros, cuando nos vemos en dificultades.

Lo malo de todo esto está en que, una vez que ya nos imaginamos que tenemos claro lo de Dios, entonces se nos dice que Jesús es ese Dios. O sea, que nos acercamos a Jesús *pensando que sabemos ya precisamente lo que Jesús vino a enseñarnos porque no lo sabíamos*. Con lo cual, lo que hacemos es quitarle a Jesús lo primero que él vino a hacer en este mundo. Y de esa manera, lo que nos pasa es que ni nos enteramos de cómo es realmente el Dios que se nos da a conocer en Jesús. Ni tampoco nos enteramos de lo primero que vino a hacer Jesús en este mundo.

Por lo demás, no viene mal indicar que todo esto no quiere decir que aquel hombre que fue Jesús de Nazaret, cuando andaba por el mundo, supiera todas estas cosas y las tuviera claras en su cabeza. Y menos aún, que todo esto lo supiera la gente que le conocía y le trataba. Precisamente, la equivocación del apóstol Felipe estuvo en que, "después de tanto tiempo con Jesús", no se había enterado de ninguna de estas cosas (Jn 14, 9).

Conclusión

Después de todo lo que se ha explicado en este capítulo, parece que se pueden sacar dos enseñanzas:

1. *Jesús cambió el concepto de Dios.* No porque Jesús se inventara un Dios nuevo y distinto del Dios en el que siempre creyeron los judíos. Sino porque, si efectivamente creemos que Jesús es la revelación más plena y profunda de Dios, entonces tenemos que decir que Dios no se comprende a partir del *poder* y la grandeza. Hay en Dios algo que es mucho más hondo y que, por tanto, está más en la raíz última de lo que es Dios. El Dios que nos revela Jesús se comprende a partir de la *debilidad*. Por eso san Pablo afirma que lo más profundo y lo más incomprensible que se nos revela en la muerte de Jesús es “la debilidad de Dios” (1 Cor 1. 25).

2. *Jesús cambió el modo de encontrar a Dios.* Porque, si lo más profundo de Dios es la debilidad, entonces a Dios no se le encuentra en el *poder* de este mundo, por más que se trate del poder más religioso que uno se pueda imaginar. Si estamos convencidos de que lo más hondo de Dios es la debilidad, está claro que cada persona (y también cada institución, incluida la Iglesia) encuentra a Dios, en la medida y sólo en la medida, en que *se hace solidaria con la debilidad*. Por eso Jesús de Nazaret nació débil y pobre, vivió entre los débiles y los pobres, y acabo su vida como el ser más débil, más pobre y más desamparado de este mundo. Viviendo de esta manera y siendo así, Jesús nos dio un ejemplo asombroso que tendríamos que imitar. Pero, si Jesús vivió así y fue así, eso tiene una consecuencia mucho más seria y más importante. De esa manera, Jesús nos dijo, y nos sigue diciendo, que, por encima de todas las teorías que cualquiera se pueda inventar, y también por encima de todas las teologías que haya o que pueda haber, el único camino para encontrar a Dios es unirse, fundirse y confundirse con todo lo que es debilidad, dolor, sufrimiento y pobreza en esta vida. Por eso, a la hora de la verdad, resultará que han encontrado a Dios los que han dado de comer al hambriento, de beber al sediento, los que han vestido al que no tiene qué ponerse, etc, etc. (Mt 25, 31-46). Y conste que los que viven así encuentran a Dios, aunque ni sepan que existió Jesús.

3. Dios entra por los sentidos

Las ideas y la vida

A veces se ha presentado la fe en Dios como aceptar una serie de verdades que llegan a nosotros de fuera y las recibimos mediante el oído. El que acepta esas verdades y las cree firmemente, ése es el que tiene fe y, por tanto, ése es el que se encuentra con Dios.

Esta manera de interpretar la fe y el encuentro con Dios es la que muchas veces se enseña y la que se pone en práctica en los catecismos, en los libros de religión y, por lo general, en la organización de las parroquias, de los colegios, de los seminarios y de las universidades. Porque en todos esos sitios lo que se enseña son conocimientos, verdades, doctrina. Para que luego esos conocimientos y esas verdades se trasmitan a otros, puesto que se tiene el convencimiento de que así es como se propaga la fe y el encuentro con Dios. Más aún, el Magisterio oficial de la Iglesia actúa también con este mismo convencimiento. Por eso el papa pronuncia tantos discursos y publica tantos documentos. Y algo parecido hacen los obispos. Si se habla tanto y se escribe tanto, precisando siempre con mucho cuidado lo que es verdad y lo que no es verdad, es porque se tiene la idea de que lo que importa, para conocer a Dios y para encontrarse con él, es tener muy claras y muy firmes las verdades sobre Dios, que son (según dicen los sacerdotes) las verdades que enseña la Iglesia.

Por supuesto, las “verdades de la fe” son fundamentales para cualquier persona creyente. Se trata, como es sabido, de las verdades que se afirman en el “Credo” y en los “dogmas” que enseña la Iglesia a los cristianos. Pero, cuando uno

piensa despacio en este asunto, enseguida se da cuenta de que aquí falta algo. Y, según parece, algo muy importante.

Empezando por lo más sencillo. Jesús dijo que el conocimiento de Dios se oculta a los sabios y entendidos, mientras que se revela a los que no tienen nada que decir en este mundo (Mt 11, 25). Pero, como todos sabemos, los sabios y entendidos son los que saben más verdades y tienen más conocimientos, mientras que los que nada tienen que decir es porque no conocen nada. Por lo tanto, parece bastante claro que lo del conocimiento y el encuentro con Dios le llega a cada persona, no por los conocimientos de los sabios, sino por algo que deben tener muy desarrollado los ignorantes, los que carecen de sabiduría y los que, por tanto, tienen bastante oscuras las pocas verdades que conocen. ¿De qué se trata?

Para responder a esta pregunta, lo más sencillo será echar mano de lo que nos pasa a todos cuando venimos a este mundo. Vamos a ver, ¿cómo se comunica un bebé con su mamá y la mamá con el bebé? Por supuesto, no se comunican mediante ideas, verdades y conocimientos, o sea mediante todo eso que entra por el oído. La cosa es mucho más simple. Y también mucho más honda. La comunicación entre la mamá y el bebé se realiza mediante el tacto, el gusto, el olfato, y también con la “mirada”, que no es simplemente el ojo, sino algo que percibimos antes de darnos cuenta cómo es el ojo que nos mira. Naturalmente, esto quiere decir que, en la comunicación humana, hay algo que es anterior a las ideas y a las verdades. Y que, por eso, es más determinante en nuestra vida que las ideas y que las verdades. Porque la vida de los seres humanos no se reduce al conocimiento. La vida humana, antes que saberes e ideas, es gozo y sufrimiento, placer y dolor, alegría y tristeza, compañía y soledad, tacto y contacto con alguien a quien queremos y de quien dependemos (de la manera que sea), entrega y generosidad, libertad y esperanza o, por el contrario, desesperación y odio. Por eso, en la vida humana, es tan determinante la sensibilidad, el afecto, la ternura, la bondad, la compasión, todo lo que produce amor, cariño y donación de unos seres humanos a otros.

En definitiva, todo esto quiere decir que la vida no entra sólo (ni principalmente) por el oído, como nos entra una doctrina. La vida entra en nosotros a través de todo nuestro ser corporal, es decir, la vida se nos mete por los sentidos: por las miradas, por el tacto, por el gusto y el olfato, por la paz, el sosiego, el reposo, la alegría y el placer que nos proporciona la comunicación entre seres humanos. Sin olvidar, claro está, que en la comunicación también juega un papel de primer orden la transmisión de ideas, de conocimientos y de verdades.

Dicho de una forma más apropiada o, si se prefiere, más técnica, todo

esto se reduce a lo siguiente. La comunicación entre seres humanos se puede realizar (y de hecho se realiza) mediante *signos* y mediante *símbolos*. Los signos nos transmiten conocimientos, ideas, mientras que los símbolos son la expresión de nuestras experiencias. Por eso, el lenguaje, las palabras, son un conjunto de signos, por medio de los cuales nos comunicamos nuestros conocimientos. Pero en nuestra vida, además de conocimientos, y antes que cualquier conocimiento, tenemos y vivimos experiencias muy hondas, que no se pueden comunicar mediante palabras. Porque de sobra sabemos que una mirada, la expresividad de un rostro, un abrazo o un beso nos transmiten experiencias que nos dicen más que muchos discursos.

En resumen: las ideas y los conocimientos son importantes en la vida. Y no sólo importantes, sino que son decisivos, porque las ideas que tiene cada uno orientan y determinan decisivamente la vida. Pero, sin duda alguna, más decisivas que las ideas son las experiencias que vivimos. Y también las expresiones de esas experiencias. Ahora bien, mientras que las ideas nos entran por el oído (o quizás por la vista mediante la lectura), la expresión de nuestras experiencias abarca la vida entera. Por eso, el amor o el odio que recibimos, el respeto o el desprecio que nos vienen de los demás, el afecto o la indiferencia que a lo largo de la vida vamos asimilando en nuestra intimidad, todo eso nos marca para siempre. Pues bien, todo eso no nos entra por el oído y mediante ideas, sino que lo percibimos mediante el conjunto de todo lo que en nosotros es sensibilidad, es decir, entra en nuestra experiencia por medio de los sentidos.

“Si no lo veo y no lo toco, no lo creo”

Todos sabemos por experiencia que las convicciones y determinaciones más fuertes de nuestra vida, nuestras inclinaciones y afectos más arraigados, o, por el contrario, los malos sentimientos que a veces llevamos en nuestra intimidad más secreta, todo eso no ha brotado en nosotros por cosas que hemos aprendido o escuchado de oídas, sino por experiencias muy fuertes que nos han pasado. Por eso queremos tanto a ciertas personas, por ejemplo a nuestros padres. Y por eso también sentimos tanto rechazo ante gentes que nos han hecho sufrir. Bueno, pues lo mismo nos pasa con Dios. Es decir, la fe en Dios no se hace vida en nosotros como resultado de unos argumentos o teorías que nos llevan a



decir: "pues sí, Dios existe y tengo que quererlo". La vida de los seres humanos no funciona así. Y por esto, exactamente por esto, Dios se quiso hacer presente y comunicarse con nosotros mediante un ser humano, un hombre de carne y hueso, al que no sólo se pudo oír, para aprender sus ideas, sino al que, además, se pudo ver y tocar, para palpar y experimentar, sentir y gustar, lo que es y lo que representa la bondad de Dios, la cercanía de Dios, la delicadeza y la ternura de Dios. Por esto, sin duda alguna, la primera carta de Juan empieza diciendo: "lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos palpado con nuestras manos acerca de la Palabra de la vida" (1 Jn 1, 1). El autor de esta carta empieza su escrito repasando los sentidos. No sólo el oído. También la vista. Y el tacto. Lo que se ve, lo que se contempla, lo que se toca y se palpa. Pero lo más sorprendente es que todo eso se refiere nada menos que a la Palabra de la vida, que, en el lenguaje de este escrito, se refiere a Dios. O sea, según la primera carta de Juan, llegamos a Dios por los sentidos. Así lo alcanzamos y nos relacionamos con él. Es un Dios que se nos comunica en lo más humano que hay en nosotros. Porque es "la Palabra de la vida". Y bien sabemos que la vida es, no sólo espíritu, ideas y conocimientos, sino también sentidos y sensibilidad.

Uno de los evangelios donde se dice todo esto con más claridad es el evangelio de Juan, cuando cuenta la aparición de Jesús resucitado a sus discípulos a los ocho días de la resurrección (Jn 20, 24-29). Como Tomás, "uno de los Doce" (Jn 20, 24), no estaba con los demás el domingo de Pascua, cuando todos vieron al



Señor (Jn 20, 25), este discípulo se plantó y dijo: "Si no veo en sus manos la marca de los clavos, y no meto mi dedo en el lugar de los clavos, y no meto mi mano en su costado, no lo creo" (Jn 20, 25). Al decir esto, aquel Tomás estaba expresando lo que le pasa y lo que siente tanta gente, cuando se le plantea el tema de Dios y de la fe en ese Dios. Son muchos los que dicen "si no lo veo, no lo creo". Y es que, tal como somos y tal como es la vida, lo que vemos, lo que palpamos, lo que sentimos, eso es lo que se nos mete, no sólo en la cabeza, sino en nuestro ser entero y se hace vida en nosotros. Lo de-

más, lo que no vemos, ni palpamos, ni sentimos, son ideas, teorías, que van y vienen, pero que a la mayor parte de la gente no le interesan. Bien sea porque no entienden las ideas. O quizá también porque, aunque las entiendan, cualquiera se da cuenta de que por un lado van esas teorías y por otro va la vida, lo que se ve, se palpa y se siente.

El hecho es que, cuando Tomás vio con sus propios ojos y palpó con sus propias manos que Jesús, al que habían asesinado, estaba vivo, entonces dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn 20, 28). Es decir, entonces creyó en el Señor, en Dios. Es verdad que, según el relato del evangelio, Jesús añadió: "¡Porque me has visto, has creído! Dichosos los que no han visto y han creído" (Jn 20, 27). Aquí parece que Jesús elogia y prefiere a los que llegan a la fe en Dios sin necesidad de ver, ni tocar, como exigió Tomás. Lo cual vendría a decir que Jesús, en el fondo, le echa en cara a Tomás sus exigencias de ver y palpar a Dios, para poder creer en él. En definitiva, todo esto sería como decir que Dios prefiere la fe de los que creen sin necesidad de pasar por los sentidos, fiándose sólo de las razones y los argumentos que nos enseñan los libros y los sermones. Pero no se trata de eso. Para entender por qué el evangelio de Juan puso estas palabras, hay que tener en cuenta que este evangelio se escribió (según parece) bastantes años después de que Jesús se había ido de este mundo. Y también se habían muerto ya casi todos los discípulos que habían oído, que habían visto y que habían palpado con sus manos la presencia de Jesús. Es decir, ya no estaban los que tuvieron la suerte de vivir con él. Entonces, pensando en aquellos discípulos, que creían sin haber visto a Jesús en esta vida, el evangelio les dice que ellos son dichosos por tener la fe que tenían.

Pero, ¿significa esto que la fe en Dios está sólo en las ideas que tenemos en la cabeza y que a la fe se llega sólo mediante los conocimientos que nos enseñan los que saben de religión, los teólogos, los sacerdotes y los catequistas?

La fe y la vida

El mismo evangelio de Juan, enseguida de haber contado lo que pasó con Tomás, añade lo siguiente: "Jesús realizó, en presencia de sus discípulos, otras muchas señales, que no se han escrito en este libro. Y éstas han sido escritas para que tengan fe en que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengan vida en su nombre" (Jn 20, 30-31). En estas palabras del evangelio hay, por lo menos, dos cosas muy claras: 1) la fe da vida, comunica vida, hace que las personas vivan; 2) la fe tiene su origen y su razón de ser en las señales que hizo Jesús. Pero, cuando el evangelio de Juan habla de "señales" (*semeia*), ¿a qué se

refiere? Por supuesto, se refiere a hechos extraordinarios, portentosos, tales como convertir el agua en vino, en la boda de Caná (Jn 2, 11), curar al hijo de un funcionario del rey (Jn 4, 54), dar de comer a una multitud enorme de gente que estaba muerta de hambre (Jn 6, 14) o, lo que es más sorprendente aún, el hecho asombroso de devolverle la vida a Lázaro (Jn 11, 47). Se suele decir que estos hechos eran "milagros", con lo que naturalmente se quiere indicar que fueron cosas que no las puede hacer ningún ser humano, sino que solamente es Dios quien las puede realizar. Con lo que el evangelio de Juan nos vendría a decir que Jesús es Dios.

Como es lógico, quien interpreta así las "señales" que cuenta el evangelio de Juan, sin darse cuenta está pensando en el Dios que se define por el poder y se entiende a partir del poder. El poder sobrehumano de quien es capaz de hacer lo que no está al alcance de ningún ser humano. Lo cual es evidente. Porque, ¿quién puede hacer que, de pronto, el agua se convierta en vino? ¿o quién es capaz de que un cadáver, que lleva cuatro días enterrado, vuelva a esta vida y se ponga a andar como si no le hubiera pasado nada? Nadie discute, ni puede discutir, que esas cosas, si es que efectivamente sucedieron así, son "señales" clarísimas de que, en aquel hombre que era Jesús, se hacía presente Dios.

Pero, con decir eso, no está dicho todo. Y menos aún está dicho lo principal. Porque lo más importante no es que en Jesús se hacía presente Dios y, por tanto, se revelaba Dios. Lo decisivo, para la fe y para la vida, está en saber *cómo* se nos revela Dios y, por tanto, *cómo* se nos da a conocer el Dios de Jesús, en las "señales" que cuenta el evangelio. Porque está claro que, si el evangelio de Juan escogió los hechos prodigiosos que escogió y no otros, para presentarlos como las "señas" de identidad del Dios que se revela en Jesús, eso nos está indicando que *tales señales* son las que nos indican *cómo es Dios*. Y, además, nos señalan también *cómo se llega a Dios*, cómo se le conoce y cómo se le distingue de cualquier falsificación de lo divino.

Esto supuesto, hay una cosa que resulta evidente para cualquier persona que se pone a leer despacio el evangelio de Juan. Se trata de lo siguiente: todas las "señales" que escogió este evangelista se refieren a la vida. Porque son hechos que dan vida, que devuelven la vida a quien la tiene limitada o incluso perdida, y que hasta alegran la vida a quienes se les acaba lo que necesitan para divertirse en una fiesta. Todo eso, ni más ni menos, es hacer que la gente beba un excelente vino en una boda (Jn 2, 1-11), devolverle la salud a un joven que se está muriendo (Jn 4, 46-54), sanar a un pobre paralítico que lleva treinta y ocho años sin poder moverse (Jn 5, 1-9), hacer que se hartan de comer varios miles de personas que, en un descampado, no tienen qué llevarse a la boca (Jn 6, 1-14), darle la vista a un ciego

de nacimiento (Jn 9, 1-38) y, más significativo que todo lo anterior, devolverle la vida a un difunto que, después de cuatro días enterrado, está en proceso de descomposición (Jn 11, 1-46). En todos estos casos lo que está en juego es la vida. No la "otra" vida, sino la "vida". Es verdad que el evangelio de Juan, a veces, habla de la vida "eterna". Pero también es cierto que el autor de este evangelio, con frecuencia, habla lo mismo de la *vida eterna* que de la *vida* sin más (Jn 3, 36; 5, 24, 39-40; 6, 53-54; 12, 25). Lo cual quiere decir que para este evangelio la "vida" es una totalidad, que es ya la vida presente, la vida actual, pero una vida que tiene tal plenitud que, con toda razón, se la puede llamar vida "eterna", en cuanto que es una vida con tal fuerza y tan sin límites, que no podrá con ella ni la muerte misma.

En todo caso, no olvidemos algo importante: el evangelio de Juan utiliza más veces la palabra "vida", sin adjetivo alguno, que la expresión "vida eterna". El sustantivo "vida", aparece 24 veces en este evangelio. La vida "eterna", 17 veces. Y en cualquier caso, siempre hay que tener presente que las "señales", que presenta Juan para hablar de la vida, son todas ellas manifestaciones de la vida de los seres humanos en este mundo: comer, beber, curarse, ver y, lo que es más elocuente que nada, hacer que uno (Lázaro), que ya estaba en la "otra" vida, volviera a "ésta".

La cosa, por tanto, parece bastante clara. Dios se reveló en Jesús, especialmente en las "señales" que realizó. Pero es evidente que no puede ser casual, ni secundario, que tales "señales" en las que se conoce a Dios son manifestaciones de la vida, de la salud, de la felicidad y la alegría de vivir. Insisto en que todo esto nos habla de una plenitud de vida a la que, con toda verdad, se puede llamar "vida eterna", porque trasciende los límites de este mundo. Pero quede claro que en ninguna parte hay razones para poder afirmar que la vida en la que podemos encontrar a Dios es la "otra" vida. Todo lo contrario. El que no encuentra a Dios en "esta" vida, no lo encontrará jamás.

Dios y la vida

La vida no se reduce, ni se manifiesta solamente en lo que sabemos, en lo que pensamos, en las ideas o los conocimientos que cada cual tiene en su cabeza. Junto con todo eso, y antes que nada de eso, la vida de los seres humanos se siente, se palpa, se ve. Es sensibilidad y sentimiento, es atracción y rechazo, afecto y desafecto, amor y odio, gozo y sufrimiento, ternura y crispación, etc, etc. Pero todos sabemos que estas experiencias (unas más superficiales, otras más profundas) nos entran por los sentidos. Y se expresan a través de los sentidos.

Ahora bien, si es cierto que a Dios lo encontramos en la vida, de eso se sigue que Dios (el Dios que nos revela Jesús) se ha fundido con la vida. La vida que nos entra por los sentidos. La vida que percibimos, antes que por el lenguaje y los conceptos que nos transmiten las palabras y las frases, por medio de los símbolos que, en cada cultura, nos hacen vivir y compartir las experiencias fuertes, que determinan lo que cada uno es, incluso lo que cada uno piensa y hace o deja de hacer. Esto quiere decir que a Dios lo encontramos, por supuesto, en las verdades que la Biblia y la Iglesia nos enseñan sobre él. Pero, antes que en ninguna verdad, en ningún dogma o en ningún "credo", al Dios de Jesús lo encontramos todos en la vida. Esa vida que nos entra por los sentidos. Es decir, a Dios lo encontramos, ante todo, por lo que vemos y sentimos, por lo que palpamos con nuestras propias manos, por todo aquello que, al sentirlo, se hace vida en nosotros.

¿Cómo podemos ver y tocar hoy a Jesús?

Cuando Jesús se despedía de los discípulos que vivieron con él, pronunció una larga oración a Dios en la que, entre otras cosas, dijo esto: "No pido por éstos solamente, sino también por los que crean en mí por medio de su palabra" (Jn 17, 20). Nosotros hoy no podemos ver ni tocar a Jesús. Y, si Jesús es quien nos revela a Dios, es evidente que tampoco podemos ver ni tocar a Dios. Entonces, ¿cómo podemos conectar nosotros con Jesús y, por medio de Jesús, con Dios?

Siempre se ha dicho que para eso tenemos "la palabra" de los que vivieron con Jesús. Esa palabra, que nos recuerda las enseñanzas de Jesús, es el testimonio que hace que nosotros podamos creer en Jesús. Y esto es verdad. Creemos

porque aceptamos la enseñanza de los discípulos de Jesús y nos fiamos de lo que ellos nos dijeron. Pero esto no es nada más que una parte de la verdad. Los primeros discípulos creyeron, no porque escucharon las lecciones de un profesor que les dio unas ideas muy claras y unos argumentos muy fuertes. Los primeros discípulos creyeron porque vieron con sus ojos a Jesús. Porque palparon con sus manos lo



que fue aquel hombre extraordinario. Porque compartieron la vida con él. El ciego creyó porque lo vio (Jn 9, 37-38). El discípulo que entró en el sepulcro vacío, "vio y creyó" (Jn 20, 8). Y Tomás, cuando lo tocó con sus dedos y sus manos, entonces fue cuando dijo: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn 20, 28).

Ahora bien, nosotros ya no podemos ver y tocar al mismo Jesús. Pero lo que sí podemos ver y tocar es lo que vieron y tocaron quienes convivieron con Jesús. ¿Qué es lo que aquellos hombres vieron y tocaron? El relato de Tomás es clave. Lo que aquel hombre vio con sus ojos y palpó con sus manos fueron heridas de muerte, llagas de dolor, humillación y sufrimiento. Pero no sólo Tomás. Lo que vieron los de la boda de Caná, fue a un hombre tan humano, que les prolongó la alegría de la fiesta. Y lo que vieron aquellos miles de gentes, que andaban muertos de hambre, es que alguien se interesaba por ellos y les daba lo que tanto necesitaban. Como es igualmente verdad que lo que vio el ciego de nacimiento, es que había un hombre bueno que le daba la capacidad de ver. Y en el caso de Lázaro, los judíos que lo vieron "creyeron en él" (Jn 11, 45), aunque aquello fue la gota que colmó el vaso y fue el motivo que desencadenó la sentencia de muerte contra Jesús (Jn 11, 47-53).



Está claro que los discípulos de Jesús no sólo oyeron su *doctrina*, sino que, juntamente con eso, vieron, tocaron y sintieron de cerca *su forma de vivir*. Cuando nosotros percibimos ambas cosas, no sólo la doctrina, sino también su vida, su estilo, sus costumbres, su manera de relacionarse con ricos y pobres, con justos y pecadores, entonces es cuando se hace posible la fe. Porque entonces es cuando Dios se hace vida en nosotros.

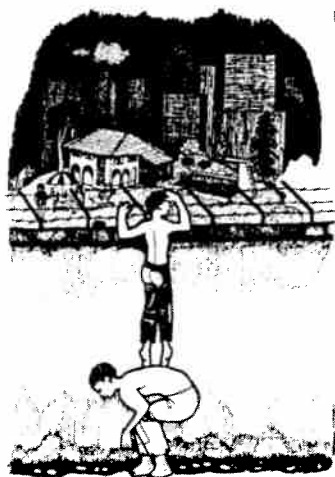
El divorcio entre las ideas y la vida

La Iglesia, los hombres de la religión, los teólogos no paramos de decir y escribir. Para que la gente tenga clara la doctrina verdadera que enseñó Jesús. Y eso (hay que decirlo una vez más) es importante. Pero también hay que insistir en

que con doctrinas, aunque sean verdaderas, no basta. Ni eso es lo más decisivo a la hora de creer en el Dios que nos reveló Jesús.

La Iglesia y los hombres de la religión no paramos de enseñar doctrinas y de escribir documentos y libros en los que aseguramos que se contienen las verdades sobre Dios y el conocimiento de Dios. Pero el hecho es que, con demasiada frecuencia, la gente no ve ni palpa lo que vieron y palparon los discípulos de Jesús. La gente ya está cansada de doctrinas que no entiende y de verdades que no le interesan. Porque es un hecho, demasiado doloroso, el divorcio que existe en quienes decimos que somos testigos de aquel Jesús entre nuestras ideas y nuestra vida. Las ideas entran por el oído. La vida se mete por los ojos, se toca y se palpa. Se puede decir que por el oído recibimos los *signos*, mientras que, por todo nuestro ser corporal, se hacen vida en nosotros los *símbolos* de la vida. Ahora bien, si los seres humanos somos así y así nos hizo Dios, entonces la gran equivocación de la Iglesia está en pensar que imponiendo verdades y defendiendo doctrinas va a hacer presente al Dios de Jesús en este mundo. Para hacerse presente en este mundo, Dios no se puso a darnos doctrinas y enseñarnos verdades. Para hacerse presente en este mundo, Dios se nos presentó en la vida de un hombre que nació pobre, que vivió entre los pobres y que murió despojado de todo, hasta de la dignidad más elemental que le corresponde a cualquier ser humano.

Y es que lo primero es la vida. Luego, vienen las ideas. El que identifica su vida con la vida de los que menos tienen y peor lo pasan, ése tiene unas determinadas ideas. Lo cual quiere decir que, si se trata de



una persona con creencias religiosas, tendrá en su cabeza un Dios que no estará de acuerdo con el sufrimiento de los que tienen la desgracia de vivir penando entre tanta pobreza y tanta miseria. Por el contrario, el que identifica su vida con los que más tienen y mejor lo pasan, ése tendrá en su cabeza un Dios al que le debe interesar mucho la salvación de las almas y la santidad de los fieles, pero es seguro que a ese Dios le importa bien poco el sufrimiento inmenso de los pobres de este mundo. Se trata, entonces, de dos “dioses” distintos, seguramente opuestos el uno al otro. Por eso, cuando se trata de encontrar al verdadero Dios y relacionarse con él, lo decisi-

vo no es repetir el “Credo” y asegurar que uno está de acuerdo con esa profesión de fe. Eso, desde luego, es necesario. Pero la señal decisiva de que uno cree en el Dios de Jesús está en la vida que uno lleva. Es decir, está en si uno vive o no vive como vivió aquel Jesús de Nazaret. Lo cual quiere decir que la señal de que una persona ha encontrado a Dios de verdad es si uno se relaciona con la gente como se relacionó Jesús, si a uno le importan las cosas que le importaron a Jesús, si uno siente lo que sintió Jesús cuando vio a la pobre gente de su pueblo sufrir tanto y sin esperanza de solución. No se trata, como es lógico de que ahora nos pongamos a vivir como profetas caminantes de pueblo en pueblo. Uno puede incluso dedicarse a eso, y en realidad puede andar buscando cosas que nada tienen que ver con lo que realmente buscó Jesús. Lo importante en la vida de una persona es lo que siente, aquello a lo que es sensible o, por el contrario, insensible. Y es que cuando uno se deja invadir por lo humano, cuando una persona se humaniza de verdad y es sensible al dolor del mundo, entonces es que Dios se le ha metido por los sentidos. Entonces deja de haber divorcio entre las ideas y la vida. Y entonces es justamente ãœ cuando de verdad se encuentra con el *Dios desconcertante*, el Dios que nos reveló Jesús de Nazaret.

4. Jesús: persona y proyecto

“Espirituales” y “sociales”

Como es bien sabido, entre los cristianos es frecuente encontrar personas que viven la fe de tal manera que ponen su mayor empeño en ser fieles a una *espiritualidad* seria y profunda. Como también es frecuente encontrar creyentes para quienes lo más importante es el *cambio social*. Es verdad que ni los primeros se oponen a que en este mundo haya más justicia, ni los segundos están en contra de la oración, la piedad o los ejercicios espirituales. Pero el hecho es que, por más verdad que sea todo esto, no cabe duda que en los últimos tiempos muchas, muchísimas de las personas que afirman creer en Jesús entienden y viven su fe de tal forma que en la práctica diaria de la vida se han dividido en dos grupos claramente diferenciados. Por una parte, está el grupo de los “espirituales”. De otra parte, el grupo de los “sociales”.

Como es lógico, al tratarse de “creyentes” en Jesús, probablemente no existe en ninguna parte, ni el espiritual “puro”, ni tampoco el social “absoluto”. Porque cualquier creyente, por muy espiritual que sea, no estará tan deshumanizado como para decir que no le importa lo más mínimo el sufrimiento y las injusticias de este mundo. Como igualmente se puede asegurar que no es verosímil la existencia de un creyente a quien sólo le importa cambiar la sociedad, sin que le interese para nada la oración o la piedad, de la manera que sea. Y es que el problema que plantean estos dos bloques de creyentes no es fundamentalmente un problema de *ideas*, sino de *sensibilidades*. Hay personas que son más sensibles a lo que les evoca y les sugiere la oración, la devoción o una bella celebración eucarística.

Como igualmente hay creyentes que no entienden, ni pueden entender su fe en Jesús desligada del compromiso y de la lucha por conseguir que en este mundo haya menos sufrimiento y más justicia con todos los seres humanos.

Por supuesto, es importante tener muy claro que cada cual es libre para entender y vivir su fe como él crea que es más coherente. Lo malo es que en todo esto se ocultan y se manifiestan (las dos cosas a la vez) problemas bastante serios y, por eso mismo, preocupantes. Vale la pena decir algo sobre estos problemas.

Empezando por lo más evidente, es un hecho que, sobre todo en los últimos cincuenta años, los cristianos nos hemos visto con frecuencia divididos y enfrentados por esta cuestión. Sobre todo, porque en este asunto se mezclan, con las creencias religiosas, las preferencias políticas que cada cual lleva dentro, aunque nunca diga si es de derechas o de izquierdas. Por eso, hace años los espirituales acusaban a los sociales de marxistas o incluso de comunistas. Mientras que ahora los sociales les echan en cara a los espirituales que, bajo las apariencias de mucha espiritualidad, lo que en realidad defienden es el liberalismo capitalista. Y es claro que cuando la religión se mezcla con la política las situaciones pueden llegar a ser sumamente conflictivas. Porque lo mismo la religión que la política tocan (quizá sin que nos demos cuenta) zonas muy hondas de nuestra personalidad y las fibras más sensibles de cada persona. A fin de cuentas, religión y política apuntan a horizontes últimos de sentido, es decir, ámbitos de la vida en los que se juegan valores absolutos o que muchos piensan que son cuestiones de vida o muerte.

Por eso, esta confrontación de espirituales y sociales ha provocado, en la Iglesia y en las instituciones religiosas, divisiones y fracturas demasiado desagradables, con frecuencia dolorosas y, en ocasiones, incluso peligrosas. De ahí, el enfrentamiento de teologías, de grupos eclesiales, de instituciones y personas. Si



uno piensa en los Cristianos por el Socialismo o en el Opus Dei, por poner dos ejemplos muy concretos, se comprende hasta dónde ha llegado la confrontación de los sociales, por una parte, y los espirituales, por otra. Y conste que la cuestión no está en que unos se meten en política, mientras que los otros no rozan esa cuestión. El problema no es ése. Porque en política nos metemos todos. Es decir, en política no es posible la neutralidad. De manera que con frecuencia los que más se meten en política suelen ser los que aseguran que no les interesa eso para nada. Y es que quien dice que no se mete en política por eso mismo ya se ha metido en ella. Porque lo más seguro es que le va bien con los que ejercen el poder. Por eso se calla. Y sabemos que en este mundo hay silencios más elocuentes y más eficaces que muchos discursos.

Ahora bien, si el problema no está en que unos se meten en política y otros no, la cuestión (sin duda alguna) es más profunda. La división de los cristianos en espirituales y sociales nos confronta a todos con *el ser mismo de la fe en Jesús*. ¿Qué es creer en Jesús y, por eso mismo, relacionarse de verdad con él? Al hacernos esta pregunta, estamos tocando fondo. El fondo del Evangelio.

El Seguimiento y el Reino

Cuando se les explica a los cristianos lo que es y lo que exige el "seguimiento" de Jesús, se les suele decir que lo sorprendente en esta cuestión tan vital para un creyente es que, para una cosa tan seria y de tan graves consecuencias (el seguimiento), Jesús no da explicaciones, ni presenta un programa, ni una meta, ni un ideal, ni aduce motivos, ni siquiera hace una alusión a la importancia del momento o a las consecuencias que aquello va a tener o puede tener. Cuando Jesús llama a alguien para que le siga, allí no se pronuncia nada más que una palabra, que es un mandato: "sígueme". Y el que pone alguna condición, por importante que sea tal condición, queda inmediatamente descalificado. Para demostrar que esto es así, se suelen recordar los textos de los evangelios en los que se cuenta el llamamiento de los primeros discípulos (Mt 4, 18-22; Mc 1, 16-20; Lc 5, 1-11) o también el momento en que Jesús llama a Mateo (Mt 9, 9; Mc 2, 14; Lc 5, 27-28). Y, sobre todo, el extraño relato de aquellos que no estuvieron dispuestos a seguir a Jesús, aduciendo condiciones tan justificadas como, por ejemplo, el entierro del propio padre; o simplemente una cosa tan natural como era el hecho de despedirse de la propia familia (Mt 8, 18-22; Lc 9, 57-62).

Por poco que se piense en toda esta cuestión, enseguida se le ocurre a cualquiera que si Jesús hubiera hecho efectivamente eso: ordenarles a otras perso-

nas que se fueran con él, sin darles la más mínima explicación y sin dejar claro por qué los llamaba y para qué los llamaba, urgiendo a los llamados a dejarlo todo (el trabajo, los bienes, la familia), realmente se podría sospechar con fundamento que Jesús debió de ser una persona muy extraña. ¿Cómo se puede hacer eso en la vida? Y, además, ¿cómo va a haber gente tan insensata que lo deje todo y se vaya con un desconocido sin saber ni a dónde va, ni a qué se va a dedicar?

Para responder a estas preguntas y aclararse sobre este asunto, lo más sencillo (y también lo más eficaz) es echar mano de los evangelios y ver en ellos qué es lo que realmente se dice. No se trata de volver a explicar los relatos (antes citados) sobre las llamadas de Jesús al seguimiento. La cosa es mucho más simple. O quizá más compleja, según se mire. Se trata sencillamente de caer en la cuenta de *dónde* están situadas esas llamadas al seguimiento de Jesús en el conjunto de cada evangelio. Para decirlo más claramente, los relatos de las llamadas al seguimiento están puestos, en los tres evangelios sinópticos (Marcos, Mateo y Lucas), *después* de los breves resúmenes en los que se informa que Jesús anunciaba la llegada del Reino de Dios.

En efecto, al llamamiento de los primeros seguidores, en Mc 1, 16-20, precede el importante resumen de Mc 1, 14-15, donde se informa que Jesús se fue a Galilea y allí decía: "Se ha cumplido el plazo y está cerca el Reino de Dios; conviértanse y crean en el Evangelio". No se trata de que Jesús dijo esto una vez.



Esto era lo que Jesús "decía" habitualmente, constantemente, o sea lo que le comunicaba a la gente, de manera que en este mensaje se resume lo que Jesús pensó que le tenía que decir a este mundo.

De la misma manera, en el evangelio de Mateo, inmediatamente antes de la llamada a los primeros discípulos junto al lago (Mt 4, 18-22) está también el resumen del mensaje evangélico: "Desde entonces comenzó Jesús a predicar y decir: arrepíentanse, porque está cerca el Reino de los cielos" (Mt 4, 17). En el evange-

lio de Mateo, al Reino "de Dios" se le llama el Reino "de los cielos". Son dos maneras de decir la misma cosa, como explican muy bien los entendidos en esta cuestión. Y otra vez, en el mismo evangelio de Mateo, cuando explica que a Jesús lo seguían, además de los discípulos, "numerosas multitudes de gente" (Mt 4, 25), en este caso también inmediatamente antes ha contado el evangelista que Jesús "recorría toda Galilea..., predicando el Evangelio del Reino" (Mt 4, 23-24).

Y otro tanto hace el evangelio de Lucas. En este caso, se cuenta el seguimiento de los pescadores, impresionados por la pesca tan abundante que habían recogido (Lc 5, 1-11). Y aquí también, inmediatamente antes, explica este evangelio que Jesús le dijo a la gente que quería retenerlo en un pueblo para que no se les fuese: "También a otras ciudades tengo que anunciar el Evangelio del Reino de Dios, porque para eso me han enviado" (Lc 4, 43). Es decir, Jesús tenía la idea fija de que él estaba en este mundo para una cosa: anunciar la Buena Noticia del Reino de Dios. Sin duda alguna, en la tarea de anunciar el Reino de Dios veía Jesús que estaba todo lo que él tenía que hacer en su vida.

Por lo tanto, en los tres evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, están muy claras estas dos cosas: 1) Que el seguimiento de la *persona* de Jesús se pone siempre después de presentar el *proyecto* del Reino de Dios. 2) Que el *seguimiento* de Jesús y el *proyecto* del *Reino de Dios* son inseparables, puesto que se presentan unidos lo uno a lo otro.

La consecuencia que se sigue lógicamente de lo dicho es la siguiente: no se puede plantear el seguimiento como un entusiasmo, un esfuerzo o un empeño, que se explicaría por el entusiasmo en sí mismo o por sí solo. O, si se prefiere, por la sola atracción de Jesús. Una atracción que ilusiona y apasiona hasta el extremo de vencer toda resistencia y llevar ciegamente a la generosidad o al heroísmo más increíbles. Suelen abundar los predicadores fervorosos, que hablan así del seguimiento de Jesús. Y se sirven para explicar eso de categorías humanas como la amistad (si se lo explican a muchachos y muchachas) o el enamoramiento (si el discurso va dirigido a jovencitas o incluso mujeres adultas). En otros casos, se echa mano de imágenes y categorías militares, como liderazgos y caudillajes, que arrastran a los más entusiastas. Sea lo que sea, venimos a lo mismo. Todo se reduce a la persona (Jesús), sin hacer mención o sin tener claro el proyecto.

Ahora bien, todo esto, además de que no se corresponde con los datos que nos suministran los evangelios, resulta bastante irracional. Porque nadie compromete su vida entera con *alguien*, si no tiene claro que hace eso por *algo*. Pero no es esto lo peor. Lo más grave del asunto está en que el entusiasmo por la sola

persona de Jesús, desligado del proyecto que presentó el mismo Jesús y por el que dio su vida, conduce a una especie de misticismo des-comprometido. Ese misticismo de algunas almas fervorosas, que se traduce en devociones y piedades, incluso espiritualidades de mucha elevación sobre todo lo terreno y mundano. Pero, a fin de cuentas, un entusiasmo por Jesucristo que no va más allá de la experiencia intimista que eso produce al que lo siente de esa manera. Todo esto puede parecer sublime. Y hay quienes lo sienten así. Pero todo esto es tan sublime como peligroso. Por la sencilla razón de que, con demasiada frecuencia, no pasa ni sale de la intimidad del propio sujeto. Es decir, de esta manera se cae en la propia subjetividad. Y allí se queda uno, con todos los fervores y devociones que se quieran, pero sin más provecho ni utilidad para nadie. He aquí el retrato de los "espirituales".

En el extremo opuesto están los "sociales". Que son los que lo ponen todo en el proyecto del Reino, entendido como lucha por cambiar este mundo. Pero de tal manera que la persona de Jesús y su relación con él no les preocupa demasiado, a veces nada en absoluto. En este caso, lo más frecuente es que, quienes entienden y viven así su fe, se desviven por todo lo que es lucha y hasta enfrentamiento con los responsables de la injusticia y contra las estructuras injustas. Lo que se suele traducir en una actividad febril, todo lo generosa que se quiera, pero de la que razonablemente se puede uno preguntar si brota de la fe en Jesús o a saber de qué ideología viene todo eso. Más aún, en no pocos casos, todo ese ajeteo, al que a veces acompañan buenas dosis de deseo de protagonismo, seguramente puede ser el vehículo que canaliza inconfesables deseos de omnipotencia. Lo que da como resultado que quienes actúan así son por supuesto entusiastas defensores de causas perdidas, pero realizando semejante tarea con abundantes faltas de respeto a otras personas e instituciones o, lo que es peor, causando divisiones, conflictos y sufrimientos que, en cualquier caso, ni van a aliviar el sufrimiento de nadie, ni van a conseguir que el Reino de Dios se haga presente en este mundo.

Como conclusión de momento quede clara una cosa: el "proyecto" de Jesús es inseparable de la "persona" de Jesús. Esto es cierto hasta tal punto que *no se puede entender el proyecto ni vivir el proyecto (el Reino de Dios) si no se vive la vinculación con la persona*. "Heredar el Reino" (Mt 25, 34) significa que "lo que hicieron con uno de estos hermanos míos tan insignificantes (proyecto) lo hicieron conmigo" (persona). Y, a la inversa, pretender la vinculación con Jesús, todo lo fervorosa que se quiera, sin tener muy claro y luchar muy firmemente por su causa, que es el Reino, no pasa de ser una ilusión engañosa, en la que muchas personas de buena voluntad se pasan la vida, quizá derrochando generosidad, pero también seguramente perdiendo el tiempo.

El proyecto de Jesús

El centro del Evangelio es el proyecto del Reino de Dios. Esto es cierto hasta tal punto que el Evangelio y el Reino vienen a ser la misma cosa (Mc 1, 14-15; Mt 4, 23). Lo cual quiere decir que el centro del Evangelio no es Dios, sino el Reino de Dios. Ahora bien, la expresión "Reino de Dios", tal como la usan los evangelios, es una forma de decir *dónde* y *cómo* podemos los seres humanos encontrar a Dios. Y esto es lo que de verdad nos interesa a todos. Porque, ¿de qué nos sirve tener unas ideas muy claras sobre Dios, si luego lo buscamos donde no está o pretendemos relacionarnos con él de modo que tal relación es sencillamente imposible? Jesús fue un hombre muy práctico y concreto. Jesús no vino a este mundo para montar nuevas teorías sobre Dios. Jesús vino a este mundo para vivir de tal manera, hacer tales cosas y decir tales palabras, que quedara bien claro, de una vez para siempre, que sólo el que vive de esa manera y hace lo que hizo el propio Jesús, ése es el que acierta en *el problema y el destino definitivo y último de la vida*, que es lo que, en lenguaje religioso, llamamos *Dios*.

Ahora bien, ¿qué hizo y dijo Jesús para enseñarnos dónde podemos encontrar a Dios y cómo podemos vivir en buena relación con Dios? Dice el evangelio de Mateo: "Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del Reino, y curando todo achaque y enfermedad del pueblo" (Mt 4, 23). La cosa está clara: Jesús anunciaba el Reino, *curando los sufrimientos de la gente*. Más adelante, cuando Jesús envía a sus discípulos a predicar, les dice que hicieran lo mismo que él hacía. El mandato de Jesús es muy claro. "Prediquen diciendo que está cerca el Reino de Dios: curen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos, expulsen demonios" (Mt 10, 7-8). O sea, para anunciar el Reino, los discípulos tenían que hacer lo mismo que hacía Jesús: aliviar el sufrimiento. Por eso, los evangelios afirman que la señal (o la prueba) de que llega el Reino de Dios es que los demonios son expulsados de este mundo (Mt 12, 28; Lc 11, 20). Pero téngase en cuenta que, en aquellos tiempos, hablar de expulsión de demonios era lo mismo que decir que la gente se curaba de sus padecimientos (Mc 1, 32-34; 3, 10-12; Lc 6, 18-19).

Por lo tanto, ¿dónde y cómo podemos encontrar a Dios? La respuesta de Jesús es muy clara: encontrarán a Dios en la medida, y sólo en la medida, en que se dediquen a hacer esta vida más soportable para todos los que sufren por el motivo que sea. Por eso Jesús afirma solemnemente que el Reino de Dios es para los pobres (Lc 6, 20) y para los que se ven perseguidos, maltratados y ofendidos (Mt

5, 10-11). Porque de sobra sabemos que los pobres, los perseguidos, los que se ven difamados y privados de sus derechos, esos son, por lo general, los que más sufren en este mundo.

Pero, claro está, aquí hay que tener muy en cuenta una cosa que es evidente. Tal como este mundo está "organizado", el que se pone de parte de los que sufren, si es que hace eso de verdad, no tiene más remedio que soportar el enfrentamiento con los causantes del dolor ajeno. Ahora bien, los responsables de tanto dolor como hay en esta vida son siempre, de una manera o de otra, los que tienen el poder. Unas veces, será el poder económico. Otras, el poder político. Y en no pocos casos, el poder religioso. Por supuesto, en la sociedad en que vivimos es necesario que haya personas e instituciones que administren el poder. Para que en la sociedad haya un cierto orden, se respeten los derechos de unos y de otros, se proteja a los más indefensos, y resulte posible la convivencia de las personas y de los pueblos. De no ser así, en cada pueblo y en cada país, se impondría la ley de la selva. Y siempre saldrían perdiendo los más débiles. Pero lo que pasa es que todo esto es el ideal. Así tendrían que ser las cosas. Y así debería funcionar la sociedad y el ejercicio del poder en ella. El problema está en que, con demasiada frecuencia, los que ejercen el poder tienen la constante tentación de aprovecharse de su situación privilegiada. Y entonces, lo que pasa es que, en vez de organizar las cosas para que la gente sea más feliz, tenga la vida más segura y vea sus derechos debidamente garantizados, lo que hacen muchos "poderosos" (ya sea por su poder político, su poder económico, su poder religioso o cualquier otra forma de poder) es abusar de la fuerza y el dominio que tienen sobre los demás para provecho propio y siempre en beneficio de sus propios intereses. De esta manera, el ejercicio del poder, que tendría que ser un servicio a la comunidad humana, se suele convertir (muchas veces) en un atropello a los demás, a los que tienen menos poder, que siempre son los pobres, los ignorantes, los marginados sociales, los que (por el motivo que sea) tienen que cargar en esta vida con la triste condición de estar siempre abajo, de ser los débiles, los "nadies", de los que nadie se acuerda, porque siempre suelen resultar molestos para los "satisfechos" y bien instalados en este mundo.

Pues bien, estando así las cosas, se comprende perfectamente lo que le ocurrió a Jesús en cuanto se puso a decir que llegaba el Reino de Dios. Hay que tener en cuenta que la sociedad, en la que Jesús nació, vivió y dijo que llegaba el Reino, era una sociedad muy religiosa. Esto quiere decir, lógicamente, que en aquella sociedad el poder religioso tenía mucha fuerza y, por tanto, era un poder que se hacía sentir, echando cargas pesadas sobre las espaldas de los demás (Mt 23, 4; Lc 11, 46). Y así, en nombre de la religión a la que representaban, los líderes

de la religión le imponían al pueblo sencillo la "carga insoportable" de la Ley religiosa (Hech 15, 10). Con lo que la pobre gente andaba "rendida y abrumada" por causa del pesado yugo que tenían que soportar (Mt 11, 28-30).

Jesús se dio cuenta enseguida de la situación. Y se puso a hacer lo que había que hacer. Es decir, no sólo se puso de parte de los pobres, los enfermos, los despreciados por ser considerados como pecadores y publicanos, también de parte de las mujeres que entonces (más que ahora) se veían constantemente maltratadas, sino que, además de todo eso, Jesús fue derechamente a las causas que provocaban aquel estado de cosas. Denunció con valentía y libertad los abusos del poder. Y, por tanto, los abusos que, con la Ley en la mano, se cometían en nombre de Dios. Y vino el enfrentamiento. Hasta que el poder, en aquel caso el poder religioso, acabó con Jesús y lo quitó de en medio.

Pero, antes de explicar esto (en el tema siguiente), es importante recordar que Jesús fue intransigente y tajante con todos los que, desde pretensiones de poder, querían estar por encima de los demás. Por eso Jesús insistió en que hay dos grupos de personas que no pueden entrar en el Reino de Dios. Es decir, para Jesús, hay dos colectivos de gente que no saben ni *dónde* está Dios, ni *cómo* es posible relacionarse con él. A lo mejor son gente que sabe mucha teología. Y que hasta puede ser que tenga amistad con Jesús. Pero, entrar en el Reino de Dios, lo que se

dice "entrar de verdad en el Reino", eso es sencillamente imposible para esas personas. ¿De qué personas se trata?

En primer lugar, Jesús dice que no pueden entrar en el Reino de Dios *los ricos*. Como es imposible que un camello pase por el ojo de una aguja (Mc 10, 25; Mt 19, 24; Lc 18, 25). O sea, los que retienen lo que otros necesitan para no morir de hambre, éstos no pueden encontrar a Dios. Esto es lo que le pasó al rico insensato, que almacenó todo lo que pudo, sin acordarse de los demás (Lc 12, 16-21) y al ricachón aquél que se pegaba



cada día un banquetazo, mientras que el pobre Lázaro se moría en el portal de su casa (Lc 16, 19-31). Es evidente que, quien actúa así, es responsable de mucho sufrimiento. Y el primer dogma de la fe evangélica es que quien causa sufrimiento no puede encontrar a Dios, por muy bien que lo conozca o por más religioso que sea.

En segundo lugar, Jesús dijo que tampoco pueden entrar en el Reino de Dios *los que quieren estar por encima de los demás*. Esto lo dijo Jesús, una y otra vez, por causa de las pretensiones que tenían sus discípulos de estar los primeros, de ser los más importantes o de situarse por encima de los otros. Por lo que cuentan los evangelios, esto ocurrió con frecuencia. Lo que indica a las claras que era un problema que aquellos entusiastas seguidores de Jesús no tenían resuelto. Ahora bien, siempre que se presentó este problema, Jesús sacó a relucir el tema de los "niños". Y siempre para decir que, si los discípulos no cambiaban y se hacían como niños, "no podían entrar en el Reino de Dios" (Mc 9, 34; 10, 37. cfr. 41; Mt 18, 1; 20, 21. cfr. 24; Lc 9, 46; 22, 24). Pero no se piense que, al decir que se tenían que hacer como niños, lo que Jesús pretendía es que intentasen recuperar la inocencia, el candor o la ingenuidad de un bebé. Jesús no decía tonterías. Y decir eso, hubiera sido una tontería. Porque nadie en esta vida, una vez que ha perdido el candor y la inocencia, la puede recuperar. Para entender lo que Jesús quería decir con el tema de los "niños", la clave está en que, en aquellos tiempos, el niño era el ser humano que no tenía derechos ni, por tanto, podía exigir nada. Se sabe que había pueblos en los que a los niños pequeños los podían tirar a la basura, cosa que de hecho se hacía a veces. Entre los judíos no se llegaba a tanto. Pero sí era legal, por ejemplo, que un padre vendiera a una hija suya como esclava, si la niña no había cumplido los doce años y medio. Por tanto, lo que Jesús afirma, con todo esto de los "niños", es que quien pretende estar por encima, ser el primero, situarse en una posición de privilegio, ése que se olvide de entrar en el Reino de Dios, o sea que se dé cuenta de que así no sabrá nunca ni *dónde* ni *cómo* se encuentra a Dios. Y lo más preocupante del caso es que esto exactamente es lo que les ocurría a los "seguidores" oficiales de Jesús, es decir, a sus discípulos. O sea, nos encontramos aquí con el caso de hombres que "lo habían dejado todo y habían seguido a Jesús" (Mt 19, 27) y, sin embargo, no podían entrar en el Reino de Dios. Es el caso más claro de aquellas personas que se entusiasman con la *persona* de Jesús, pero no aceptan su *proyecto*.

Y se comprende que tiene que ser así. Porque, si el Reino es el proyecto que consiste en hacer que la vida resulte más soportable para todos, especialmente para los que más sufren, entonces lo más lógico es pensar que los que acumulan lo que otros necesitan (*ricos*) y los que se empeñan en estar siempre por encima de

los otros (los que no se hacen como niños), todos esos, por más religiosos que sean y por más intimidad que tengan con Jesús, no es posible que encuentren al Dios que nos reveló Jesús o, mejor dicho, no es posible que se relacionen con el Dios que se nos dio a conocer en Jesús. El Dios que se define y se comprende, no a partir del poder, sino desde la debilidad.



Lo que pasa es que en esta vida hay demasiada gente que no acepta eso de la debilidad. Porque tienen metido en la cabeza que lo importante es el poder, la fuerza, la influencia y la eficacia. También para las cosas de Dios. También, por tanto, para la Religión y para la Iglesia. Por eso, en la cabeza de tales personas, no cabe el Dios de la debilidad que se reveló en Jesús. Se trata de personas que pueden tener una altísima devoción al Niño que nació en el portal de Belén, que predicó la pobreza y que murió en la cruz. Pero es notable cómo personas que hablan de eso con tanto entusiasmo, son gente que se pasan la vida trepando en busca de cargos importantes y que, desde luego, no soportan que les toquen lo más mínimo en su pretendida dignidad o en sus sagrados derechos. Todo esto es no sólo contradictorio, sino incluso ridículo.

Y entonces, la pregunta es: esas personas, ¿creen realmente en Jesús?

La increencia de los discípulos

En los evangelios se dice una cosa que llama mucho la atención. En los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas, cuando hablan de los discípulos en relación a la fe en Jesús, siempre ponen en cuestión esa relación. Algunas veces, porque se dice sencillamente que los discípulos no tenían fe (Mc 4, 40) o que eran increyentes (Mt 17, 17), ya que tenían una fe tan escasa que en realidad era como un granito de mostaza o sea prácticamente nada (Mt 17, 20). En otros casos, se afirma de manera tajante que no creían (Lc 24, 11. 34) o que eran "lentos para creer" (Lc 24, 25). Y en alguna ocasión Jesús les pregunta: "¿dónde está su fe?" (Lc 8, 25). Pero lo más

frecuente es que los evangelios califiquen a los discípulos de "hombres de poca fe" o de una fe escasísima, lo que en griego se dice con la palabra *oligopistoi*, que significa eso, el que prácticamente no tiene fe (Mt 8, 26; 14, 31; 16, 8; Lc 12, 28; cfr. 12, 22). En el caso concreto de Pedro, además de reprenderle por su exigua fe (Mt 14, 31), Jesús le dice que ha rezado por él "para que no pierda la fe" (Lc 22, 32), cosa que desgraciadamente debió ocurrir, ya que el mismo Jesús añade: "Y tú cuando te arrepientas" (Lc 22, 32) o sea cuando vuelvas de tu extravío, "afianza a tus hermanos", lo que parece dar a entender que también los demás discípulos andaban deficientes en el asunto de la fe.

La pregunta que a cualquiera se le ocurre al enterarse de esta incredulidad de los discípulos es inevitable: ¿cómo se explica que unos hombres, que lo habían dejado todo y se habían puesto a seguir a Jesús, que estaban siempre con él y lo escuchaban a todas horas, esos hombres precisamente sean calificados en los evangelios como "increyentes" o, al menos, como "hombres de poca fe"?

La respuesta es clara. El evangelio de Marcos lo dice con unas palabras que no admiten duda: "Cuando detuvieron a Juan, Jesús se fue a Galilea, y allí predicaba el Evangelio de Dios. Y decía: "Se ha cumplido el plazo y está cerca el Reino de Dios. Conviértanse y crean en el Evangelio" (Mc 1, 14-15). Ya se ha dicho antes que el Reino es el centro del Evangelio. Más aún, el Evangelio y el Reino, en el fondo, son la misma cosa. Por lo tanto, creer en el Evangelio es lo mismo que creer en el Reino. Lo cual quiere decir que, para Jesús, la fe está de tal forma relacionada con el Reino de Dios, que tener fe es no sólo aceptar ese Reino, sino además aceptar también sus exigencias. Por consiguiente, tener fe es dedicar la vida a hacer más soportable la vida de los que más sufren y, en general, de todos los que tienen la vida amenazada, limitada, empobrecida o atropellada, por el motivo que sea. Ahora bien, ha quedado claro que, para hacer eso, o sea para entrar en el Reino, es condición indispensable "cambiar y hacerse como niños". De manera que quien no cumple con tal condición no entra en el Reino de Dios y, por eso mismo, no puede tener fe. Porque no cumple la exigencia indispensable que pone Jesús a quienes pretenden entrar en el Reino de Dios.

Pues bien, si todo esto es así, se comprende sin dificultad por qué los discípulos de Jesús no tenían resuelto lo de la fe y, en consecuencia, de ellos se puede afirmar que "no creían" o que "tenían una fe tan exigua como un grano de mostaza". Y la razón está clara: aquellos hombres discutían quién de ellos "era el más grande" (Mc 9, 34; Mt 18, 1; Lc 9, 46; 22, 24) o quién se tenía que poner en el primer puesto (Mc 10, 37; Mt 20, 21), lo que era tanto como discutir quién era el más importante y, por eso, el que estaba sobre los demás. Por eso se puede decir,

con toda razón, que aquellos hombres nunca entendieron plenamente a Jesús. De ahí, que Pedro se puso a "increpar" a Jesús cuando éste les dijo que su vida iba a terminar de mala manera (Mt 16, 22). Y por eso mismo, cuando llegó la hora de la verdad y arrestaron a Jesús, al ver ellos que, aquél a quien habían seguido con tanto entusiasmo, no se defendía, sino que se dejaba matar como si fuese uno más, "todos lo abandonaron" (Mc 14, 50). Los discípulos no entendieron nunca la "debilidad" de Jesús. Y, por eso mismo, tampoco entendieron el "proyecto" de Jesús. Es decir, nunca llegaron a creer plenamente en él.

Conclusión

El Dios en el que creemos los cristianos se nos ha dado a conocer en el hombre Jesús de Nazaret. Para los que queremos tener esta fe y vivir de ella, de manera que esta creencia sea lo que dé sentido a nuestra vida, es decisivo unir y armonizar en nuestra manera de pensar y en nuestra manera de vivir lo que es y lo que representa la *persona* de Jesús y el *proyecto* de Jesús. No basta el amor y el entusiasmo por su persona. Ni basta tampoco la entrega generosa a poner en práctica su proyecto, el proyecto del Reino de Dios.

Entre los cristianos hay quienes se entusiasman por Jesús y se imaginan que le siguen con fidelidad. Pero hacen eso de tal manera, que todo se reduce a devociones y espiritualidades, con poca sensibilidad o incluso con ninguna sensibilidad por el sufrimiento de los pobres y gentes "sospechosas" de este mundo. Son los "espirituales" de ahora y de siempre, los fervorosos de la contemplación y de todas las liturgias, con sus normas y sus cánones cumplidos al pie de la letra. Estas personas son admirables desde muchos puntos de vista. Y todos tenemos que aprender de tales personas la profunda mística que les inspira y les motiva. Pero también es cierto que a estas personas les vendría bien recordar que los discípulos convivieron íntimamente con Jesús durante años, pero terminaron sin comprenderlo y sin creer en él. Nadie discute el amor y la entrega de aquellos hombres hacia su amado Maestro. Pero el hecho es que nunca entendieron su proyecto. Lo que es lo mismo que decir que nunca entendieron a Jesús. Y, por eso, ni aceptaron las exigencias para entrar en el Reino de Dios, ni se pusieron en sintonía y solidaridad con los pobres, desgraciados y gentes marginales que impresionaban a Jesús hasta el extremo de provocarle una auténtica conmoción visceral (Mc 6, 34).

Pero entre los cristianos también abundan los que piensan en Jesús y su Evangelio como el que piensa en un proyecto revolucionario. Por eso, ponen todo su empeño y centran sus esfuerzos en la lucha por la justicia y los derechos huma-

nos. En esto aciertan plenamente. Porque la causa de los pobres y del dolor en el mundo fue exactamente la causa que promovió Jesús. Y hay que afirmar con fuerza que, por mucho que se haga en esa dirección, nunca nos acercaremos a lo que hizo Jesús, ya que a él, asumir este proyecto, le costó la vida. Pero a quienes orientan su vida en esta dirección no les vendría mal darse cuenta de que semejante proyecto es un camino extremadamente peligroso. No tanto porque a uno le pueda pasar lo que le pasó a Jesús. O simplemente porque es un camino erizado de complicaciones, incomprensiones y situaciones muy amargas. Lo más peligroso que tiene el proyecto de Jesús es que, sin darse uno cuenta, con frecuencia se utiliza lo de los pobres y lo de la justicia para enfrentarse con los que no piensan como yo pienso, para situarse en puestos de mando y de importancia o simplemente para salir de la vulgaridad y ser una persona importante. Sería una falsedad y una injusticia decir que todos los que echan por este camino, en realidad lo que buscan es protagonismo y fama, pero no les vendría mal a los "sociales" tener siempre muy presente que, en Jesús, el proyecto y la persona se fundían y se confundían en una sola y misma realidad. Porque, tal como somos los seres humanos, vivir un compromiso arriesgado sin vivir, al mismo tiempo, una mística muy honda es meterse en la boca del lobo. O vivir constantemente en el filo de la navaja.

5. Matar al fariseo

El “extraño” comportamiento de Jesús

Cuando se leen los evangelios con cierto conocimiento de lo que pasaba en la sociedad y en el tiempo en que vivió Jesús, enseguida se da uno cuenta de una cosa que llama mucho la atención. La patria de Jesús en aquel tiempo estaba invadida y dominada por la gran potencia extranjera que había entonces, el Imperio romano. El poder de Roma se ejercía en la capital, Jerusalén, y en la provincia más rica, Judea. También en Samaria. En Galilea mandaba el rey Herodes, que era también vasallo de Roma, pero tenía cierta libertad en el gobierno. En todo caso, quien tenía el poder supremo en Jerusalén era el gobernador romano, que era el que poseía, al mismo tiempo, la responsabilidad de las cuestiones militares, judiciales y financieras o sea el cobro de los impuestos. Naturalmente, esto quiere decir que el pueblo judío, en aquel tiempo, estaba sometido al poder de Roma. Aunque hay que tener en cuenta que el ejercicio de la justicia se regía por la ley judía, que era administrada por el Sanedrín, compuesto por los Sumos Sacerdotes, los senadores o ancianos, y los letrados o escribas. En todo caso, eran los romanos los que cobraban y se llevaban los impuestos. Como también era derecho exclusivo del gobernador romano condenar a alguien a muerte (Jn 19, 31).

Como es lógico, todo esto significa que los que de verdad mandaban en el pueblo judío eran los romanos. Y además, ellos eran los que se aprovechaban de la pobre gente, cobrando unos impuestos que resultaban extremadamente odiosos. Ahora bien, estando así las cosas, lo que más llama la atención es que Jesús nunca habló contra los romanos, ni tuvo enfrentamientos con ellos. De manera que, cuando

llegó la hora de condenar a Jesús a muerte, precisamente el gobernador romano no quería dar la sentencia contra él de ninguna manera. Porque decía que Jesús no tenía culpa alguna y que era un hombre inocente (Jn 19, 4; Mt 27, 24). Señal evidente de que las autoridades de Roma no vieron en Jesús un adversario o un individuo que les crease problemas.

Pero lo extraño, en el comportamiento de Jesús, no termina aquí. Porque es bien sabido que precisamente uno de los grupos, con los que Jesús mantuvo más amistad, fue el grupo de los publicanos, que eran los que cobraban los impuestos para los romanos. Es decir, Jesús se hizo amigo de los colaboracionistas con el poder extranjero, el poder invasor y opresor de aquel pueblo. Por eso, como es natural, había gente que se escandalizaba de las buenas relaciones que Jesús mantenía con aquellos recaudadores de impuestos (Mc 2, 16; Lc 15, 1-2), que posiblemente serían considerados como traidores.

Y otra cosa que resulta extraña (al menos a primera vista), en el comportamiento de Jesús, fue su relación con los *saduceos*. Los saduceos formaban uno de los dos grupos (el otro era el de los *fariseos*) ideológicos y religiosos más importantes que había en el pueblo judío en tiempos de Jesús. Los saduceos pertenecían principalmente a la clase sacerdotal y eran gente aristócrata. O sea, disfrutaban de una situación social y económica privilegiada. Además, en asuntos de religión eran mucho más liberales que los fariseos. Porque no se creían la cantidad de tradiciones y observancias que los fariseos defendían e imponían de manera tan estricta. Por otra parte, se sabe que su actitud, en cuanto se refería a las relaciones con los ocupantes romanos, eran tolerante y procuraban evitar los conflictos. Por eso, se comprende que las clases altas de la sociedad de aquel tiempo, sobre todo en Judea, pertenecían al partido de los saduceos. Por lo demás, las diferencias doctrinales con los fariseos eran pocas. Los saduceos negaban la inmortalidad del alma, la resurrección y los premios o castigos después de la muerte. Hay autores antiguos que dicen que los saduceos eran materialistas, oportunistas y hasta incrédulos. No se sabe con seguridad si tales acusaciones respondían a la realidad. En todo caso, lo que sí es cierto es que los saduceos eran gente de dinero, de buena posición social, y personas no muy estrictas en cuestiones de observancia religiosa.

Bueno, pues si efectivamente los saduceos eran así, llama mucho la atención que los evangelios no hablen de ellos casi nada. Sólo se les menciona de pasada dos veces en el evangelio de Mateo (3, 7; 16, 1) y cuando Jesús refuta sus extravagantes historias para demostrarles que existe la resurrección (Mt 22, 23; Mc 12, 18; Lc 20, 27). Esto, como es lógico, plantea algunas preguntas que no hay

más remedio que intentar responder. Por ejemplo, ¿es que a Jesús no le preocupaba gran cosa el tremendo problema político de la ocupación extranjera que sufría su pueblo? ¿Es que a Jesús tampoco le quitaba el sueño la existencia y las enseñanzas de un partido como el de los saduceos, que eran los ricachones, los mejor situados en aquella sociedad y los que enseñaban una religión más tolerante y, por tanto, menos exigente? En definitiva, ¿es que Jesús no le concedía gran importancia a la cuestión política, a los problemas que plantea la clase social de algunos grupos y a la tolerancia o permisividad de la religión?

Para empezar a aclararnos, lo primero que hay que decir es que la razón formal de la sentencia de muerte, en virtud de la cual mataron a Jesús, fue una razón política, como nos consta por el letrero que pusieron encima de la cruz (Jn 19, 19-22). Por tanto, está fuera de duda que, de la manera que sea, Jesús fue



considerado como un sujeto peligroso para quienes tenían el poder político. En cuanto al poder económico, sabemos que Jesús había dicho que es imposible que los ricos entren en el Reino de Dios (Mt 19, 23-24). Además, Jesús dijo también, en tono de denuncia y acusación, que los ricos tienen fundadas y serias razones para no acudir al banquete del Reino (Mt 22, 5; Lc 14, 20). Y que su mayor peligro es el pecado de omisión, ya que la "buena vida" ciega hasta el extremo de que el rico no le hace

caso ni a los muertos que vengan del otro mundo a avisarle del peligro en que vive (Lc 16, 30-31). Más aún, según Jesús, los ricos viven en una falsa seguridad (Lc 12, 13-21). Y, lo que es más grave, el criterio de Jesús es que los ricos no deben ser invitados a sentarse en nuestra mesa (Lc 14, 12). Porque, en último término, los ricos, precisamente por causa de su riqueza, entran en conflicto con Dios (Mt 6, 24). Está claro, por todo esto, que Jesús se pronunció en términos muy duros y de forma muy terminante en lo que toca a la situación de los que viven en la abundancia y, por eso mismo, retienen lo que otros necesitan para no morir de hambre.

Ahora bien, si todo esto es así, ¿cómo se explica que Jesús no denunciase con más vigor a los saduceos, que eran ricos, los amigos de los ricos, y los que legitimaban a los grupos más poderosos (sumos sacerdotes y senadores) desde el

punto de vista económico y social? Además, esta pregunta se hace más difícil de contestar si tenemos en cuenta que los enfrentamientos más frecuentes y más fuertes de Jesús fueron con los *fariseos*. Pero hoy se sabe con seguridad que, mientras los saduceos eran el partido más identificado con los ricos y poderosos, los fariseos, por el contrario, estaban más cerca del pueblo sencillo, de manera que la mayor parte de ellos eran gente de condición humilde, desde el punto de vista social y económico.

Por todo esto es por lo que (al menos, a primera vista) se puede hablar de un "extraño" comportamiento de Jesús. Porque, ¿cómo se explica que Jesús se pusiera de parte de los pobres y denunciase a los ricos, pero de tal manera que, al mismo tiempo, prescindiera de aquellos que "religiosamente" justificaban a los ricos, mientras que se enfrentó tan seriamente a los que "religiosamente" estaban más cerca de los pobres?

En el fondo, esta manera de actuar de Jesús nos plantea una cuestión que obliga a pensar. Sin duda alguna, Jesús se dio cuenta de que en esta vida hay algo que es más peligroso que el dinero y la ambición por el dinero. Como también hay algo que es más peligroso que las ambiciones políticas e incluso que la misma dominación política. Jesús vio que en la condición humana existe un último determinante de todas las ambiciones y de todos los sufrimientos que los hombres y las mujeres nos causamos unos a otros. Parece que, por causa de ese "último determinante" de todas nuestras ambiciones, es por lo que Jesús se enfrentó tan duramente con los fariseos. De ahí, la importancia decisiva y quizá última que el tema de los fariseos tiene en los evangelios. Y también en nuestra vida.

El fracaso de los profetas

Los entendidos en la historia del pueblo de Israel discuten si los fariseos se organizaron, como tal grupo, en el siglo V o, más bien, en el siglo II antes de Cristo. Sea de esto lo que sea, hay una cosa que parece bastante clara y en la que, al menos en líneas generales, se puede estar de acuerdo. Es un hecho que los profetas de Israel fracasaron en su intento de restaurar la religión y la vida moral de aquel pueblo. De ahí, el silencio en el que vino a caer la profecía en Israel. Se discuten las causas que provocaron este fracaso. Como se ha dicho muy bien, en tal fracaso influyó el empobrecimiento creciente de la temática profética que, poco a poco, fue sustituida (allá por el siglo V antes de Cristo) por la autoridad y la importancia que se le concedió a la Ley. Con este cambio, de la "profecía" por la "ley", se pusieron las bases para que surgiera el movimiento farisaico. Por eso,

Paul Ricoeur, un gran estudioso de la Biblia, muy entendido en los problemas que plantea su interpretación, ha dicho que, "al plantearse el problema de cómo hacer la voluntad de Dios, los fariseos tuvieron que enfrentarse con el fracaso de los grandes profetas, con su impotencia para convertir a su pueblo y con el hecho de la deportación (a Babilonia), que, según la creencia general, fue el castigo de Dios por los pecados de Israel. A la vista de esto, los fariseos se propusieron realizar la ética de los profetas reduciéndola a una ética del pormenor, detallista".

Resulta comprensible que el fracaso de los profetas de Israel, ante el intento de mejorar la situación de aquel pueblo, provocara la reacción de los que pensaron que por el camino de los profetas, con sus denuncias y sus promesas, no

se iba a ninguna parte. Por eso se comprende también que aparecieran otros salvadores, con otras ideas y otros proyectos. Enseguida vamos a ver en qué consistió la nueva propuesta, la propuesta de los fariseos, que es lo que aquí más nos interesa analizar. Pero antes de hablar de eso, es importante caer en la cuenta de que en el momento presente

nosotros estamos viviendo una situación que se parece, en cosas muy fundamentales, a la situación que se produjo en el pueblo de Israel cuando fracasaron siglo XX ha sido desastres, guerras, sufrimiento hasta imaginar hace cien

como eso, es que el siglo XX ha sido también un tiempo de grandes profetas y de movimientos proféticos que han luchado, hasta la misma muerte, por aliviar tanto desastre, tanta violencia y tanto sufrimiento. Lo que ocurre es que, a estas alturas, el balance de final de siglo es desolador. ¿Qué queda en la India de los esfuerzos de Gandhi por suprimir el hambre de los pobres en aquel inmenso país? ¿Qué resultados ha dado, para los negros del mundo entero, la valentía y la muerte de Martin Luther King? ¿Para qué ha servido, en concreto, el ejemplo de Juan XXIII y su concilio Vaticano II? ¿Qué queda de la teología de la liberación y sus prome-



los grandes profetas. El un tiempo plagado de violencia, atropellos y límites que nadie podía años. Pero tan verdad

sas de mejorar la suerte de los crucificados de la tierra? ¿Qué frutos se han sacado de los movimientos revolucionarios en América Latina? ¿En qué ha cambiado la situación de los pobres, en Centroamérica, después de la muerte de Monseñor Romero, de los mártires de la UCA en El Salvador o del más reciente asesinato de Monseñor Gerardi? La lista de recientes profetas, cuyos resultados no se acaban de ver, se podría ampliar sin dificultad. Pero no hace falta. Con lo dicho hay bastante para encontrar una clave de explicación (no la única, desde luego) al desencanto y hasta la frustración, en que hora viven tantos cristianos.

Pero lo más grave no es el desencanto o la frustración que ahora padecen muchos creyentes. Lo peor de todo es que actualmente está sucediendo, en el cristianismo, algo semejante a lo que ocurrió en el judaísmo, allá por el siglo V antes de Cristo. Se trata de lo que acertadamente se ha llamado la *domesticación de la profecía*. En el judaísmo se "domesticó" a los profetas subordinándolos a los maestros de la Ley. Y en este hecho se debe situar el origen más antiguo de los fariseos. En el cristianismo actual se "domestica" a los profetas echando mano de interpretaciones teológicas que, mediante alambicados discursos, lo que hacen en realidad es reproducir el sometimiento de la profecía a la ley, a los que tienen el poder o a teologías doctísimas que, de hecho, distraen o apartan la atención del problema más urgente que todos tenemos que afrontar, el problema del sufrimiento en el mundo.

La cuestión se puede formular de esta manera: todo está en saber si lo que *directa e inmediatamente* le moviliza a uno es el sufrimiento humano (sea de quien sea o por lo que sea); o, más bien, lo que *directa e inmediatamente* le motiva a uno y le hace actuar es otra cosa, que bien puede ser la Ley de Dios, el respeto que se merece la religión, las verdades eternas, lo que le agrada a quien manda, la teología más tradicional o la más avanzada o incluso las cuestiones más profundas que se pueden plantear, como por ejemplo, las estructuras últimas del pecado, el esquema de la ley y sus funestas consecuencias. Por supuesto, todas estas cosas son importantes, unas más que otras. Pero lo que pasa es que, cuando uno no sabe qué hacer ante tanto dolor y tanta desgracia como vemos a diario, entonces es muy frecuente (y bastante comprensible) que se busquen respuestas de recambio. Respuestas que, por supuesto, no sirven para aliviar el sufrimiento, pero por lo menos le sirven a uno para sentirse más tranquilo, amparado por argumentos irrefutables. Y bien sabemos que, para proporcionar este tipo de argumentos, la teología es una fuente inagotable de razones contundentes que le callan la boca al más espabilado.

Cuando se leen los evangelios con cierta atención, enseguida se da uno cuenta de que esto exactamente es lo que allí estaba en juego. Por ejemplo, cuando

Jesús se encontró un sábado, en plena sinagoga, con un manco, que lógicamente sufría por estar lisiado, la reacción *directa e inmediata* de Jesús fue liberar a aquel hombre del sufrimiento (Mc 3, 1-6). Lo más probable es que Jesús no se puso allí a pensar si a aquel lisiado había que liberarlo, ante todo, del esquema de la ley o de las estructuras últimas del pecado. Seguramente, todo eso le interesaba mucho a Jesús. Pero lo que inmediatamente hizo Jesús fue curar al enfermo. La forma de pensar de los fariseos era distinta. El evangelio dice que "estaban al acecho, a ver si curaba en sábado, para denunciarle" (Mc 3, 2). Sin duda alguna, lo que *directa e inmediatamente* les preocupaba a aquellos hombres, tan entendidos y tan observantes, no era el sufrimiento del manco, sino otras cosas, todas ellas muy santas y muy buenas, como era nada menos que el fiel cumplimiento de la voluntad divina, tal como estaba mandado en la Ley. Pero el hecho es que, si allí se hubiera hecho lo que querían los fariseos, sin duda alguna la teología más sólida habría quedado a salvo, pero tan cierto como eso es que el manco se habría ido a su casa tan lisiado como vino.

Los fariseos y su estructura de pensamiento

Mucha gente se imagina que los fariseos fueron individuos extraños, inquietantes, incluso de mala condición, que existieron en el siglo primero, cuando, según cuentan los evangelios, Jesús andaba por el mundo. De ser esto así, los fariseos serían, para nosotros hoy, un recuerdo del pasado, un grupo de fanáticos que se enfrentaron con el fundador del cristianismo, pasaron a la historia y ahí acaba todo. La cosa, sin embargo, es más complicada. Y, sobre todo, se trata de algo que nos interesa a todos, seguramente bastante más de lo que algunos se imaginan.

No se trata ahora de investigar y dejar resueltas las numerosas cuestiones que los historiadores del pueblo judío no han podido aclarar hasta ahora, en cuanto se refiere a los fariseos. Pero hay un punto concreto, en el que se puede decir que existe común acuerdo, y que, según la acertada formulación de Paul Ricoeur, consiste en que los fariseos fueron "los representantes más puros de un tipo irreductible de experiencia moral, en el que cualquier hombre puede reconocer una de las posibilidades fundamentales de su propia humanidad". Es decir, se trata de que el fariseo no es sólo, ni principalmente, el recuerdo de un tipo de persona que hubo en otros tiempos, concretamente en el tiempo y en el pueblo de Jesús. Los fariseos, por supuesto, fueron eso. Pero, sobre todo, el fariseo representa un modo de ser y de estar en la vida, un tipo de persona, que se caracteriza por una determinada estructura de pensamiento, que desencadena también una manera concreta de comportarse. Y esto es lo que de verdad nos interesa desentrañar.

Se suele decir que los fariseos fueron los "hombres de la ley", los observantes minuciosos de lo que estaba mandado. Tan observantes, que no se contentaron con la *Torá*, la Ley escrita que tenían los judíos como revelada por Dios a Moisés. Además de la *Torá*, los fariseos, con la ayuda de los escribas o doctores de la Ley, se inventaron la *Halaká*, que era una lista enorme de preceptos y aplicaciones de la Ley divina a las situaciones concretas de la vida diaria. Todo esto es verdad. Y por eso, los evangelios aluden, con frecuencia, a situaciones en las que Jesús se enfrenta con los fariseos, precisamente por causa de los minuciosos y complicados preceptos de la *Halaká* que le imponían a la gente. Pero, si todo este asunto se piensa más a fondo, pronto se da uno cuenta de que el verdadero problema de aquellos hombres no era el tema de la ley y sus observancias. Se puede decir, sin rodeos, que el fariseo, tal como lo pintan los evangelios, es un individuo peligroso, extremadamente peligroso. Pero no por su obsesión legalista. Ni, por tanto, porque tenga su confianza puesta en la propia conducta y en el esquema de la ley. Ni tampoco porque no le preste suficiente atención a las estructuras últimas del pecado. La peligrosidad del fariseo está en que es el tipo de hombre que *antepone un principio teórico al sufrimiento concreto de las personas*. Con el agravante de que el fariseo hace un *absoluto* de ese principio teórico. De manera que, si para que ese principio teórico quede en pie, hace falta que las personas sufran, se sientan despreciadas y humilladas, incluso que se vean como unos perdidos y unos condenados, nada de eso importa. Porque lo único que importa de verdad es lo absoluto y todo lo demás es relativo, incluido, por supuesto, el dolor de los pobres y desgraciados de este mundo.

El *principio absoluto*, que se propusieron los fariseos del tiempo de Jesús como lo más intocable, era la Ley divina y sus incontables aplicaciones e interpretaciones. Pero la verdad es que lo que menos importa es cuál es, en concreto, el principio absoluto que se antepone al sufrimiento humano. Ese principio absoluto puede ser cualquier otra cosa. Si a la hora de la verdad resulta que ese principio lleva a que no pongamos, como principio determinante de nuestra vida, *la lucha contra el sufrimiento en todas sus formas*, puede ocurrir que, diciendo cosas distintas de las que decían los fariseos antiguos, en realidad vayamos por la vida como los fariseos más refinados que uno se pueda imaginar.

Precisamente en esto está la diferencia radical entre la estructura de pensamiento del fariseo y la estructura de pensamiento del profeta. El profeta es el hombre que se encuentra con el sufrimiento humano y no se calla. Por eso, los profetas de Israel, a la vista de los grandes sufrimientos y miserias de aquel pueblo, reaccionaron inmediatamente. Con palabras de consuelo y esperanza. Pero también con palabras de denuncia. Por eso los profetas denunciaron a los reyes y a

los ricos e incluso a los sacerdotes. Pero, no sólo a los sacerdotes, sino además al pueblo y al culto religioso, con sus liturgias, sus sacrificios y sus oraciones. Los profetas hicieron todo eso por una razón muy sencilla. Porque, para ellos, lo primero no era ningún principio teórico (por más teológico que fuera tal principio), sino que lo primero era el sufrimiento de los que peor lo pasan en la vida. Además, en aquel pueblo tan religioso era frecuente utilizar la religión como argumento para justificar los mil atropellos que se cometían contra los más pobres y desgraciados de aquella sociedad. Esto quiere decir, naturalmente, que los profetas, no sólo eran hombres sensibles ante el sufrimiento humano, sino que además no soportaban que se utilizase la religión para acallar la conciencia ante el dolor de los pobres. Por el contrario, en la estructura del pensamiento de los fariseos, como lo primero es la religión con sus normas y sus verdades, todo el que no se ajusta a eso, está perdido, merece la reprobación y el desprecio y, lógicamente, tiene que cargar con el pesado fardo de sufrimiento que de ahí resulta.

¿Quién es un fariseo?

La clave para responder a esta pregunta está en comprender que lo primero y lo determinante para Jesús no fue la Religión, ni la Ley, ni la Gracia, ni el Pecado hasta sus últimas estructuras, ni siquiera Dios en sí mismo. Lo decisivo para Jesús, cuando llegue la hora de la verdad, según afirmó el mismo Jesús, va a ser sólo una cosa: *cómo se ha portado cada uno ante el sufrimiento de los que no tienen qué comer, de los que no tienen qué ponerse, de los extranjeros e inmigrantes que se ven en tierra extraña, de los enfermos que se sienten solos y de los encarcelados a los que todo el mundo desprecia* (Mt 25, 34-36). Y no es que Jesús fuera ateo. Ni un revolucionario desquiciado que antepone los problemas de los hombres al problema fundamental de Dios. Lo que ocurre es que a Jesús, lo que de verdad le preocupaba no eran los problemas de la teología, sino los problemas de los seres humanos. Porque él sabía muy bien que lo decisivo en el asunto de Dios no es tener una teología muy bien elaborada, sino tener muy claro *dónde y cómo* podemos nosotros encontrar a ese Dios al que decimos que buscamos. Ahora bien, Jesús dejó muy claro que cada persona encuentra a Dios en la medida, y sólo en la medida, en que toma en serio el dolor de los demás. Por eso Jesús dice que se irán al infierno los que dejan a los que sufren con su sufrimiento (Mt 25, 41-43). Como también se fue al infierno el rico Epulón (Lc 16, 19-31). De la misma manera que el sacerdote y el levita de la parábola del buen samaritano quedaron como ejemplo de lo que no se debe hacer (Lc 10, 29-37). En todos estos casos, lo que está en juego es siempre lo mismo: "Lo que hicieron con uno de estos, conmigo lo hicieron" (Mt 25, 40). Lo cual quiere decir: la cuestión decisiva para saber si uno en-

cuentra o no encuentra a Dios está en lo que cada cual hace o deja de hacer con los que sufren en este mundo.

Ahora bien, este planteamiento es el que no entra, ni puede entrar, en la cabeza, en los proyectos y en el comportamiento de un "fariseo". ¿Por qué? No porque el fariseo sea un descreído, una persona a quien lo de Dios ni le interesa, ni le importa, sino todo lo contrario. El fariseo es el hombre que tiene a Dios en el centro mismo de su conciencia. De manera que su preocupación constante es ajustar a Dios y hacer lo que Dios quiere. Por eso mismo, el pecado está también en el centro de las preocupaciones de un buen fariseo. Es más, el fariseo sabe que, si se porta bien, eso se lo debe a Dios. Por eso exactamente, el fariseo que presenta el evangelio de Lucas como prototipo de este modelo de persona, cuando se pone a rezar, lo que hace es "darle gracias a Dios" (Lc 18, 11). Y le da gracias a Dios por su buena conducta (Lc 18, 11). Lo cual quiere decir que el fariseo ejemplar es el que sabe que, si se porta bien, es porque Dios se lo concede y es, por eso, algo que debe agradecerle a Dios. Para el fariseo, por tanto, su praxis es "gracia" que Dios le da a él. Y es que el judío, en general, de acuerdo con sus creencias, se enorgullecía de su comportamiento. Pero su orgullo estaba puesto "en Dios" (Rom 2, 17). El fallo, por eso mismo, de los fariseos no estaba en que les faltara la fe en Dios o la gratitud a Dios. Ellos sabían muy bien que si eran lo que eran y hacían lo



que hacían, se lo debían a Dios. En este sentido, su praxis no era simple praxis "humana", de la que se puede decir (con una mentalidad marcadamente luterana) que era una praxis "situada bajo una maldición". La praxis, el comportamiento del fariseo, es una forma de vivir y de actuar que, en su estructura misma, se vive como don de Dios y gracia de Dios.

Entonces, ¿por qué el fariseo modélico y ejemplar es un tipo de persona que Jesús no tolera? Por una razón que se comprende enseguida. *Porque en el centro de sus preocupaciones no está el sufrimiento que hace padecer a los seres humanos, sino el pecado que ofende a Dios*. A primera vista, esta afirmación re-

sultará sorprendente para unos y escandalosa para otros. ¿Es que no es más importante Dios que los seres humanos? ¿Es que por evitar un pecado contra Dios no hay que dar la vida misma, si es necesario? Estas preguntas, y otras parecidas, se resuelven por sí solas cuando uno se pone a leer los evangelios con atención.

En efecto, los relatos evangélicos que hablan de los fariseos refieren una y otra vez la preocupación que tenían aquellos hombres con el tema del pecado. En este sentido, el contraste entre Jesús y los fariseos es llamativo. Primero, porque, a juicio de los evangelios, precisamente los "pecadores" eran grandes amigos de Jesús, de manera que con ellos convivía y compartía la mesa (Mc 2, 16; Mt 11, 19; Lc 7, 34; 15, 1-2; 19, 7), mientras que los fariseos se escandalizan de eso y murmuran contra Jesús por ese motivo (Mt 9, 10-11; Lc 15, 2). Segundo, porque, cuando Jesús se refiere al pecado, es para decir que lo perdona (Mc 2, 5; Mt 9, 2; Lc 5, 20; Mc 3, 28; Mt 12, 31; Lc 5, 30; Mt 26, 28), mientras que los fariseos jamás hablan de perdón y se escandalizan de que Jesús perdone a alguien (Lc 5, 21). Más aún, el buen fariseo se escandaliza de que Jesús se deje tocar y perfumar por una pecadora (Lc 7, 39). Y, lo que es peor, aseguran que Jesús es un pecador precisamente porque ha curado a un ciego, es decir, lo ha liberado del sufrimiento (Jn 9, 16). La razón de este contraste es clara. Lo que a Jesús le preocupa es el sufrimiento humano. Lo que les preocupa a los fariseos es la observancia irreprochable y, por tanto, el pecado que resulta del quebrantamiento de la norma establecida.

Este contraste es una constante en los evangelios. Seguramente, pocas veces se ha reflexionado seriamente en este punto, que es capital. Los conflictos que tuvo que soportar Jesús y las incomprensiones que padeció siempre fueron por la misma razón. Jesús se ponía de parte del que sufría, fuera quien fuera y por el motivo que fuera. Y si, para aliviar el sufrimiento, era necesario quebrantar normas establecidas e incluso escandalizar a los observantes, a los teólogos y a los sacerdotes, Jesús no lo dudaba un momento. Ahora bien, esto es lo que en aquel tiempo y en aquella sociedad dejó descolocados a todos los que, por un motivo o por otro, eran gente entendida y religiosa. Empezando por Juan Bautista, que predicaba el arrepentimiento "para el perdón de los pecados" (Lc 3, 3). Y fustigaba a los pecadores, llamándoles "engendros de víboras" (Mt 3, 7). Por eso, cuando Juan se enteró de lo que hacía Jesús, que no se parecía en nada a lo que había dicho y hecho Juan Bautista, le mandó unos mensajeros a Jesús a preguntarle: "¿Eres tú el que tenía que venir o debemos esperar a otro?" (Mt 11, 3). La respuesta de Jesús es sorprendente: "Vayan y anuncien a Juan lo que oyen y ven: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la buena noticia" (Mt 11, 4-5). Es decir, lo que a Juan le preocupaba era el problema del pecado y hasta el castigo de los pecadores (Mt 3, 10-12).

Pero como Jesús no se dedicó a hacer eso, Juan se quedó desconcertado. La respuesta de Jesús es clave: lo que a él le preocupa es aliviar el sufrimiento y a eso es a lo que se dedica. Por eso mismo los fariseos acechan a Jesús para ver si curaba en sábado y así poder acusarle (Mc 3, 2). Porque a ellos lo que les preocupa no es la salud del que sufre, sino la observancia del precepto o sea que no se cometa pecado contra Dios. La respuesta de Jesús a la obsesiva preocupación farisaica por el tema del sometimiento a la Ley (para no pecar) es curar inmediatamente al que sufre (Mc 3, 5). Y es importante caer en la cuenta de que Jesús hizo esto con indignación contra los que no tenían más problema que el pecado (Mc 3, 5) y teniendo que soportar la consiguiente trama de los fariseos para matarle (Mc 3, 6). Sin duda alguna, para los fariseos el pecado era algo tan importante que por eso estaban dispuestos a matar. Mientras que para Jesús aliviar el sufrimiento era algo tan importante, que por eso estaba dispuesto a morir. Se trata, en definitiva, de dos caminos radicalmente contrapuestos. El camino que lleva a poner en el centro el *pecado* frente al camino que lleva a poner en el centro el *sufrimiento*.

Por eso, cuando los evangelios dicen que Jesús empezó a anunciar la llegada del Reino de Dios, lo resumen todo con una frase genial: "Jesús recorría toda Galilea..., predicando la buena noticia del Reino, curando todo achaque y enfermedad del pueblo" (Mt 4, 23). Y de la misma manera, cuando envía a los discípulos a la misión les dio "autoridad", no para enseñar doctrinas o para imponer mandatos, sino "para expulsar demonios y curar toda enfermedad y toda dolencia" (Mt 10, 1). De ahí que el encargo que les da a los Doce apóstoles es el siguiente: "prediquen diciendo que está cerca el Reino de Dios: curen enfermos, resuciten muertos, limpien leprosos, expulsen demonios" (Mt 10, 7-8). En estas disposiciones de Jesús no hay que ver un mandato o un poder sobrenatural para hacer "milagros". Porque eso no está a nuestro alcance. Jesús manda cosas que los humanos podemos hacer. Y, sin duda alguna, lo que cualquiera puede hacer en esta vida es aliviar el sufrimiento de los demás o conseguir que la vida de los otros resulte más soportable. Era la idea fija que, sin duda, tenía Jesús. Una idea que estaba exactamente en el extremo opuesto de la preocupación que caracterizaba a los fariseos.

Es verdad que en el evangelio de Juan Jesús le dijo al paralítico recién curado junto a la piscina: "No peques más, no sea que te suceda algo peor" (Jn 5, 14). A Jesús le preocupaba el problema del pecado, en el caso de este hombre, porque, según las creencias populares de aquel tiempo, el pecado era la causa de la enfermedad. Es decir, la explicación del sufrimiento humano estaba en el pecado. Tal es la idea que repiten, de distintas maneras, los amigos del desdichado Job cuando van a consolarle. Era la mentalidad común en las culturas de aquel tiempo.

Por eso, cuando Jesús le dice al recién curado "no peques más", lo que en realidad le está diciendo es "procura hacer las cosas de manera que no tengas que seguir sufriendo". La recomendación paralela a la adúltera (Jn 8, 11) pertenece a un relato que no es original del evangelio de Juan. Como es sabido, este episodio se introdujo más tarde.

Se ha dicho mil veces que el fariseo es el hombre obsesionado por la observancia de la Ley. Y eso es verdad. Porque para el fariseo la mediación esencial entre el hombre y Dios es el sometimiento a la norma establecida. Pero lo que eso quiere decir en última instancia es que, para el fariseo, lo decisivo en esta vida es el pecado. Por lo tanto, lo central y determinante, para la mentalidad farisaica, no es la vida, ni los derechos de la vida de las personas, ni el sufrimiento o la desgracia de los seres humanos. Lo central y determinante es el sometimiento a la norma establecida, la observancia de los preceptos de la religión. He ahí el "principio absoluto" al que se tiene que someter y subordinar todo lo demás. Dicho de otra manera, lo decisivo no es lo humano, sino algo previo y superior a todo lo humano. Algo ante lo que la humanidad entera se tiene que doblegar y, si es necesario, sacrificarse hasta la misma muerte. Por eso (según esta mentalidad), la gran equivocación de cualquier teología es centrar sus preocupaciones en liberar a los pobres y desgraciados de este mundo. De ahí que, para cualquier fariseo, la liberación de los pobres y del sufrimiento humano no puede ser nunca el "principio absoluto" que en cualquier caso tiene que orientar y determinar nuestra vida. Porque en la estructura mental del fariseo el "principio absoluto", al que todo lo demás se ha de supeditar, es el pecado y las estructuras últimas que lo determinan.

El conflicto de Jesús con los fariseos

Ya he dicho que Jesús no se enfrentó con los romanos opresores. Y, sin embargo, se enfrentó tan duramente con los fariseos. ¿Qué peligro vio Jesús en los fariseos que no lo vio ni en el dominador extranjero? Posiblemente, la importancia que los evangelios les concede a los fariseos está condicionada por el conflicto que los primeros cristianos tuvieron con los fariseos, quienes, sobre todo a partir del año 70 (cuando los romanos se apoderaron de Jerusalén), llegaron a tener una notable influencia entre los judíos. Pero, sea lo que sea de esta cuestión, hay un hecho que no admite dudas. La cantidad de relatos y dichos de Jesús que se refieren a los fariseos es tal y tiene tanta importancia, que eso debe responder a algo muy grave que realmente vio Jesús en aquellos hombres, los fariseos. Por lo tanto, ¿qué peligrosidad es la que vio Jesús en ese tipo de hombre al que los evangelios designan como el "fariseo"?

Dice el evangelio de Lucas que Jesús propuso la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14) por algunos (los fariseos) que se distinguían por tres cosas: 1) "confiaban en sí mismos", es decir, se sentían seguros de sí; 2) "porque se consideraban justos"; 3) "despreciaban a los demás" (Lc 18, 9). He aquí la manera de ser del fariseo. Y también su manera de actuar en la vida. Naturalmente, lo más peligroso que tiene este tipo de hombre es que se trata de un individuo que desprecia a todo el que no piensa como él y no vive como él. Y el caso es que semejante desprecio tiene su razón de ser. Y, por cierto, una razón de ser muy bien fundamentada. El fariseo es una persona que se siente segura, es decir, él se ve que es como hay que ser. Por una razón muy poderosa: "se considera justo", o sea ve claramente que él es el que está cerca de Dios, mientras que los demás están en camino de perdición. Por esto se explica que el fariseo de la parábola va al templo a rezar y resulta que no le pide nada a Dios. Lo único que hace es dar gracias porque él "no es como los demás hombres" (Lc 18, 11). Y a renglón seguido enumera la lista de cosas buenas que hace (Lc 18, 12). Sin duda, todo lo que dice era verdad. Lo que pasa es que la lista de sus buenas obras no pasa de ser una serie de pequeñeces sin importancia. Mientras que de lo que no se da cuenta es que está despreciando a todo el mundo. Porque para él, los demás son "ladrones, injustos, adúlteros" (Lc 18, 11). Y, sobre todo, desprecia al publicano desgraciado que "ni se atrevía a levantar la cabeza para mirar al cielo" (Lc 18, 13).

Un individuo así es el peligro mayor que puede haber en la vida, porque es una persona que siempre llevará razón y jamás dará su brazo a torcer. Y no cederá nunca en nada porque se siente con tal seguridad y tan superior a los demás que no tiene otra salida que el desprecio, aunque no lo diga. Pero el hecho es que lo vive y lo siente. Ahora bien, una persona que lleva en su intimidad semejante estructura es un sujeto que: 1) está radicalmente incapacitado para amar y, por tanto, no puede querer a nadie; 2) será capaz de hacer lo que sea necesario, hasta



atropellar a quien se le ponga delante, con tal de quedar él siempre por encima de los otros.

Como es lógico, un sujeto así no podrá ser jamás una buena persona. Ni podrá tener fe en Jesús. Y quienes tengan la desgracia de vivir cerca de él, estarán siempre amenazados de tener que soportar cualquier humillación y hasta atropellos de cualquier tipo. Con un agravante: el fariseo nunca se dará cuenta de lo que realmente le pasa. Ni siquiera sospechará que es como realmente es. Es el producto más sucio, y también el más peligroso, que puede producir la religión. Los evangelios dan buena cuenta de esto. Porque los fariseos eran así, por eso "acechan" a Jesús para "denunciarle" (Mc 3, 2). Porque no toleraban que sanara a un enfermo, si eso entraba en conflicto con la violación de la Ley, lo cual era pecado (Mc 3, 2). Por eso mismo, los fariseos no dudan en tramar la muerte contra el que peca faltando al precepto (Mc 3, 6). Por idéntica razón, los fariseos no dudan en calumniar a Jesús, asegurando que el bien que hace es producto del "príncipe de los demonios" (Mt 9, 34; 12, 24). Como no tienen la menor dificultad en "confabularse contra Jesús" (Mt 12, 14). Ni tampoco veían el menor inconveniente en dejar a sus propios padres muertos de hambre, con tal de quedarse con el dinero bajo pretexto de donarlo para el templo (Mc 7, 8-13). Y no digamos nada cuando lo que estaba en juego era el pecado o los pecadores. Por eso, no toleran que Jesús coma con ellos (Mc 2, 16; Lc 15, 1-2), ni que acepte el cariño y la ternura de una pecadora (Lc 7, 39), de la misma manera que desprecian al pueblo sencillo porque "no conoce la ley y está maldito" (Jn 7, 48). Pero, sobre todo, son los fariseos los que no dudan en "dejar a un lado las cosas más graves de la Ley, el juicio, la misericordia, la buena fe" (Mt 23, 23). Y, lo que es más grave, los fariseos son los que a juicio de Jesús están llenos de "huesos muertos y de inmundicia" (Mt 23, 27), puesto que llegaron hasta "derramar sangre justa sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías... a quien mataron entre el santuario y el altar" (Mt 23, 35).

Es verdad que a estas expresiones, y a la forma de decirlas, se les podrán poner las matizaciones históricas que sean necesarias. Pero dejemos de lado las formas externas. Lo que importa es el problema de fondo. Y ese problema está muy claro, después de todo lo que se ha dicho en este capítulo. Desde el momento en que lo que determina las ideas y el comportamiento de una persona es la lucha contra el *pecado* y no la lucha contra el *sufrimiento*, esa persona terminará siendo agente de sufrimiento, llegando incluso a torturar y matar, porque la religión y sus verdades, el pecado y sus estructuras, la ley divina y la gracia de Dios, la fe y sus exigencias, todo eso es lo primero, lo más importante, el criterio decisivo del bien y del mal.

En esto está la peligrosidad del fariseo. Porque las agresiones contra la vida que causan indecibles sufrimientos son tanto más peligrosas cuanto el motivo que las justifica es más noble. ¿Y qué motivo puede haber más noble, en esta vida, que la lucha contra el pecado, la promoción de la fe, la primacía de la gracia de Dios y la salvación eterna de las almas? Es verdad que *en teoría* se puede, y se debe, luchar contra el pecado y aliviar el sufrimiento, ambas cosas, sin que la una se tenga que contraponer a la otra. Pero eso es en teoría. Porque *en la práctica* o sea en lo que da de sí la vida diaria de los hombres, sabemos de sobra que por luchar contra el pecado y defender la fe y la gracia de Dios se ha perseguido a los pecadores, se les ha torturado y matado, con la conciencia de que era eso lo que había que hacer. Cuando los conquistadores españoles se presentaron en América con las bulas papales en la mano hicieron aquello convencidos de que iban a liberar a los infieles de sus errores y sus pecados, de su falta de fe y su carencia de la gracia divina. En realidad, no sabemos si efectivamente liberaron a los habitantes del nuevo continente de muchos pecados hasta sus últimas estructuras. Lo que sí sabemos con seguridad es que robaron y mataron a miles de seres inocentes, sometieron a esclavitud y privaron de libertad a pueblos enteros, y mantuvieron semejante situación durante cuatrocientos años. Y, además, se quedaron tan tranquilos. Porque pensaban que era eso lo que tenían que hacer. La lucha contra el pecado y contra la increencia así lo exigía.

Al decir estas cosas, estoy exponiendo algunos de los temas más fundamentales de la teología que se ha elaborado en Europa y que luego se ha exportado a otros continentes. Lo dramático es pensar que Europa ha sido el continente que más teología ha producido y ha exportado. Pero también ha sido el continente que ha generado más sufrimiento, más humillaciones, más esclavitud y más muerte. Naturalmente, uno tiene derecho a preguntarse, ¿qué credibilidad merece semejante teología y el continente que la ha producido?

Hipocresía y ceguera

Las dos grandes acusaciones que Jesús hace contra los fariseos son la "hipocresía" (Mt 15, 7; 22, 18; 23, 13. 15. 23. 25. 27. 28. 29; Mc 7, 6; 12, 15; Lc 12, 1) y la "ceguera" (Mt 15, 14; 23, 16. 17. 19. 24. 26; Jn 9, 34. 40. 41). Son las consecuencias inevitables que se producen en la vida de una persona que piensa y vive como pensaban y vivían los fariseos.

Primero, la hipocresía. Porque el fariseo tiene conciencia de que es el hombre ejemplar, el observante exacto, la persona intachable. Y, además, tiene

muy claro de que es así como tiene que aparecer ante todo el mundo. Ahora bien, como la condición humana no da eso de sí, la única salida que le queda al fariseo, para cumplir bien su papel en la vida, es la hipocresía. No porque intencionadamente haga una cosa y aparente otra. Sino porque organiza toda de su vida de manera que nadie pueda jamás decir nada negativo de él, por más que eso se haga a costa de que los demás sufran las más desagradables consecuencias de semejante comportamiento. Lo que sufran los demás no le preocupa al fariseo. Porque su interés está centrado en la ejemplaridad de su vida. Puesto que su proyecto fundamental no es la lucha contra el sufrimiento, sino la lucha contra el pecado.

Segundo, la ceguera. Porque el fariseo es el modelo de persona que se siente siempre segura de sí misma, de lo que hace y de lo que dice. Por eso es un hombre que le da gracias a Dios de no ser como los demás hombres. Ahora bien, su propia seguridad es su ceguera. Y lo más grave del asunto es que, como tiene la convicción de que su comportamiento se basa en el motivo más noble y más digno (la voluntad divina), entonces nos encontramos con un ciego que no puede salir de su ceguera. Es decir, el fariseo auténtico atropella a quien sea con la mejor conciencia del mundo. Y esto es lo más peligroso que tiene este tipo de persona. Porque el que ofende o hace daño por pasión, por vicio, por maldad pura y dura, ése puede tener remedio y hasta puede llegar el día en que se convierta y cambie de vida. Pero el que hace daño y causa sufrimiento, con la seguridad de que eso es lo que tiene que hacer, porque eso es necesario para acabar con el pecado y con el mal, ¿qué posibilidad de cambio o de conversión cabe ahí?

Sin duda alguna, Jesús tenía toda la razón del mundo cuando vio claramente que el mayor peligro para la humanidad no son los opresores, sino los fariseos. Porque los fariseos oprimen donde ningún opresor de este mundo puede oprimir. Por eso, Jesús no se enfrentó a los romanos. Sus conflictos, hasta la misma sentencia de muerte (Jn 11, 47-48), fueron con los fariseos. Y es que, si todo esto se piensa detenidamente, uno se da cuenta de que los poderes de este mundo son peligrosos, ¿qué duda cabe! Pero son mucho más peligrosos los poderes del otro mundo, es decir, los que se presentan como representantes del poder supremo y último. Porque entonces se trata de poderes que tocan donde nada ni nadie más puede tocar, en la intimidad de la conciencia, allí donde uno se ve a sí mismo como una buena persona o, por el contrario, como un perdido y un degenerado. Mientras se sufre con la conciencia de que se hace lo que se debe hacer, el sufrimiento tiene, por lo menos, algún sentido. Y de ese sentido (que puede tener el dolor) se sacan fuerzas para soportarlo. Lo peor que le puede ocurrir a alguien es tener que sufrir sin verle sentido alguno al sufrimiento. Y peor aún, tener que sufrir con el sentimiento espantoso que es la culpa, al verse uno responsable de lo que le pasa. Exac-

tamente, eso es lo que consigue el fariseo de aquellos que no tienen más remedio que convivir con él. O, lo que es más terrible: los que se tienen que someter a su afán de acabar con el pecado, aunque sea a costa del insoportable sufrimiento del que no se atreve ni a levantar la vista del suelo, como le pasaba al publicano de la parábola evangélica (Lc 18, 13).

El retorno de los fariseos

Los años 60 y 70 del siglo XX fueron años de inquietud y de impaciencia por cambiar las cosas en la sociedad y en la Iglesia. Fueron los tiempos de las revueltas sociales, de los movimientos contraculturales, los tiempos de Juan XXIII y el concilio Vaticano II, Medellín y la teología de la liberación. Todo esto, con sus luces y sus sombras, abrió ventanas de esperanza. Pero aquellas impaciencias, con sus profetas y sus mártires, nos han dejado la impresión de algo que pasó y que difícilmente volverá. Hace poco, J. P. Le Goff ha calificado al mayo del 68 como la "herencia imposible". Y ha pasado lo que en tales circunstancias tenía que pasar: han vuelto los fariseos. Es decir, han ocupado la escena los observantes, los intachables y los que acusan a los profetas, presuntamente fracasados, de sustituir la buena noticia de la liberación definitiva, que ha tenido lugar en Cristo, por otras "buenas noticias".

Así las cosas, nada tiene de particular que el centro de las preocupaciones de muchos hombres de Iglesia vuelva a ser el pecado, analizado hasta sus últimas raíces y desentrañado en su infinita casuística. El centro ya no es el sufrimiento humano, por más que el sufrimiento se acreciente por días en su escalada irracional. Hemos retornado a la teología que interesa al sistema dominante. La teología que se hizo durante siglos en Europa. La teología que se calló ante las atrocidades del continente más ecocida del mundo. La teología que incluso legitimó gustosamente tales y tantas atrocidades.

¿Fracasaron los profetas?

Hacerse esta pregunta es lo mismo que preguntarse ¿fracasó Jesús de Nazaret? Todos sabemos que su vida, efectivamente, terminó en el fracaso total. Abandonado por su pueblo y sus discípulos, desamparado por el mismo Dios (Mc 15, 34; Mt 27, 46), colgado entre dos malhechores como el más peligroso de ellos, en realidad, aquella vida y aquel desvelo por los pobres y los enfermos, ¿para qué sirvió? ¿En qué cambió la vida de aquellas gentes que, a los pocos años, terminaron arrasadas por el Imperio? Poco, muy poco, se puede decir como respuesta a

preguntas tan molestas. Y, sin embargo, si hoy nos queda algo de esperanza, no es ciertamente por los análisis de las raíces últimas del pecado. Como tampoco ofrecen muchas luces de esperanza los fariseos antiguos y actuales, que no tienen otra cosa que ofrecer que no sea el silencio ante el dolor del mundo o el sometimiento a lo que mandan los que nunca supieron reprimir sus ansias de poder. Si hoy podemos apelar todavía a la esperanza, es porque sigue habiendo mujeres y hombres que no se resignan ni se callan ante el sufrimiento que aplasta a millones de seres humanos. Y estamos seguros de que, mientras haya rebeldía ante el dolor del mundo, habrá esperanza. No sólo de que este mundo pueda mejorar, sino además de que, más allá de la historia, la vida vencerá a la muerte para siempre. Porque la muerte de Jesús no fue la última palabra. La palabra definitiva es la VIDA.

De una manera o de otra todos llevamos dentro un fariseo. No podremos creer en Jesús mientras no lo matemos.

